



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN, POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Por último, la presa, situada, como ya se ha dicho, á veinte metros del árbol de los arcabuz, se hallaba cubierta de manchas de sangre. El agua, que salía de ella corriendo como un delgado hilo entre los montones de arena aurífera ya lavada, estaba teñida de rojo.

En la blanda tierra no se veían más huellas que las de los zapatos claveteados del criollo blanco.

CAPÍTULO II.

À 50° 48' longitud Oeste y 5° 18' latitud Norte.—La tierra no es del primero que la ocupa.—¿Es un cadáver?—Un caso quirúrgico imprevisto.—La orgía en el bosque virgen.—Embriaguez furiosa y locura homicida.—Cuando el gato va de casa el ratón danza, dice el proverbio.—Aparición de los blancos.—El agua pura es el mejor calmante.—El incendio.—Quemados vivos.—La fábula del fuego.—Provisiones consumidas.—La explosión.—La inundación después del incendio.—Entre el agua y fuego.

— Hemos equivocado el camino.

— Es imposible.

— ¡Imposible!... ¡Muy bien por los jóvenes! A fé mía que hay motivo para andar de sí mismo-al ver á estos mozalvetes casi niños, con esas pretensiones de infalibilidad.

— Digo y repito que nos hemos extraviado.

— ¿Por qué?

— ¡Y van tres! Porque es imposible.

— ¿En qué conoces que no seguimos la verdadera dirección?

— ¿Y en qué te apoyas para sostener lo contrario?

— Querido, ese sistema de discusion es tan viejo como la tierra que pisamos. Respondes á una pregunta con otra pregunta..... no hay más que decir. Prefiero tragarme mis argumentos.

— Haces bien. Te engañas al decir que yo tengo pretensiones de infalible. Pero hay dos cosas que no pueden engañarse ni engañarnos: la primera es un sextante de superior calidad; la segunda, las fórmulas matemáticas.

— De modo que crees....

— Que habiendo marcado la posición ayer, gracias á las indicaciones de un cronómetro perfecto bien suspendido á la Cardant en la proa de la piragua, he logrado averiguar que nos encontramos á $56^{\circ} 45'$ longitud Oeste.

— Bueno, ¿qué más?

— Esta primera é indispensable parte de mi experimento, completada por la observación del sol del mediodía, me ha permitido afirmar que la latitud era $5^{\circ} 15'$, más una fracción muy pequeña que no he querido apreciar.



— ¡Quién vive! — gritó con voz de trueno.

— Pero desde entonces hemos andado algo.

— ¡Oh! Muy poco. Hemos recorrido diez kilómetros hacia el Oeste.

— ¿Cómo lo sabes?

— No ignoras, obstinado, tonto, que llevo sujeto á la pantorrilla una especie de reloj que por medio de un ingenioso mecanismo indica el número de pasos que da un peaton.

— ¡Ah, sí! Tu contador....

— Déjale su nombre de *podómetro*.

— Tu *podómetro*....

— Me dice que he dado trece mil treinta y tres pasos. Como cada uno de éstos tiene setenta y cinco centímetros de largo, deduzco que estamos á diez mil metros al Oeste. No dirás que mi brújula es mala.

— Estoy tonto.

— ¿Por qué?

— ¡Caramba, hijo mío, no sé lo que me pesco! La Dirección del Interior nos concede un terreno que se apoya en el Este del Maroni, por el Sur rodea los *placers* Harmois y Chauvin; por el Oeste el *placer* Lalaune terminando al Norte por la línea que parte

de los dos árboles del queso de Maná y llega al arroyo de Paramaka.

— Tienes una memoria muy fiel, amigo mío.

— Fiel y exacta como el excelente mapa de Ludovico Eutrope, geógrafo del gobierno.

— ¿A dónde vas á parar?

— A decirte que aquí no estamos en nuestra casa.

— ¿Cómo es eso?

— Muy sencillo. Esperamos encontrar una tierra completamente inexplorada, con sus altos árboles, sus arroyos solitarios, su suelo intacto, y caemos en plena explotación.

— Es verdad. Estamos en un *placiar*.

— ¡Ah! Por fin confesamos que tengo razón. Mi viejo barba gris puede más que tu nascente bigote.

— Tienes razón; pero á pesar de tenerla, no estamos en nuestro terreno.

— Entonces ¿quién está?...

— El que primero le ha ocupado, aunque no se halle presente. El hecho es muy común. Pero la jurisprudencia colonial ha previsto el caso. Tratándose de terrenos auríferos, no tiene aplicación el proverbio: «La posesión equivale al título». El título es lo único que da derecho á poseer.

— ¿Qué haremos?

— Proseguir nuestras investigaciones, ver al propietario ó á los propietarios *in partibus* del campo de oro y entendernos acóstitamente. No tengas cuidado. Yo me encargo de arreglar esto á satisfacción de todos.

— Me entrego por completo á tí, lájeme — dijo el primer interlocutor. — Sigamos el curso de este arroyo de agua blanca y acabaremos por llegar á alguna parte.

— Anda, amigo mío, yo te seguiré.

Por los términos afectuosos de esta conversación se comprende que las diferencias que existían entre ambos compañeros no eran hostiles. Se trataba solamente de una discusión.

El de más edad — ya sabemos que su barba es gris — es un hombre de cuarenta y dos á cuarenta y cuatro años, ojos vivos y rostro pálido. Su robusto pecho aspira el aire abrasador del bosque guayunés sin mostrar, al parecer, molestia alguna. Brota el sudor de su frente, pero camina con la rapidez propia del que está acostumbrado á las marchas por la selva. Su pantalón, de grossa tela, azul desaparece en unas anchas botas de cuero; lleva la blusa de caza sujeta con la correa de la carabina y su mano derecha aprieta la empuñadura de un machete de hoja corta y ligeramente curva.

Las mangas de la camisa, empapadas en sudor, están levantadas por encima del codo, y cubre su cabeza con un casco blanco.

Es un hombre fornido, cuya varonil fisonomía revela una franca cordialidad, no exenta de cierto tinte burlón. Su acento delata á un blanco de la metrópoli.

El otro viajero es un joven de elevada estatura, de veintidos ó veintitres años, blanco también. Fino bigote sombreá su labio superior. Sus grandes y negros ojos tienen reflejos semejantes á los del acero bruñido. Su hermosa cabeza y los enérgicos rasgos de

su rostro manifiestan una audacia increíble; pero la boca un poco grande, que al sonreír deja ver unos dientes blanquísimos, suaviza la dura expresión producida por la inquietadora fijeza de la mirada.

Su traje y su equipo señalan un hombre cuidadoso de la elegancia y de la comodidad. Su casco de hojas de niño cubiertas de franela blanca es sumamente ligero. Su camisa, de azul color de mar, flota en anchos pliegues al rededor de su pecho. Lleva botecillos atados con cordones, y su robusta y elegante pierna está aprisionada en una fina pantorrillera. Su calzon de fino crudo desahúa á los agujeros de las plantas espinosas. Una magnífica carabina *chokebore*, fabricada por Simard, último adelanto de la arcabucaria moderna, va apoyada en su hombro. No lleva el machete en la mano. La excelente hoja, cuya empuñadura está formada por rodajas de cuero de buey, desaparece en una vaina, también de cuero, sujeta á un cinturón del que pende un revólver con su cártuchera.

Á través del caos que presenta el campo de oro se mueve con extraordinaria agilidad. Produce asombro el verle salvar las zanjas, saltar sobre los troncos derribados y rodear los tacones que aún quedan en pie. No obstante lo que lleva recorrido y la temperatura de invernadero, parece tan fresco como en el momento de la marcha.

Seis hombres acompañan á los dos blancos. Cuatro negros y dos chimos, todos cargados de provisiones y útiles de minador. Á una señal del de más edad, se detienen en el claro y comienzan á preparar algunos alimentos.

Los dos europeos avanzan un poco y se paran estupefactos delante de un cuerpo inmóvil y tendido en un mar de sangre. Su emoción dura un momento. Obedeciendo á los hábitos prudentes que se adquieren viviendo en los bosques, prepara cada uno su carabina, sondando con la mirada el espacio que les rodea.

No observando nada que infundiera sospecha, inclínase el más viejo sobre el cuerpo inerte, y como hombre á quien la vida de aventuras ha hecho familiares ciertas prácticas de cirugía, examina la herida abierta debajo de la clavícula izquierda.

— ¿Está muerto? — pregunta su compañero con voz inquieta.

— No, pero comá si estuviera.

— ¡Pobre hombre! — repuso con acento de profunda lástima.

— No podemos abandonarle en tal estado ni en semejante lugar. Dentro de un instante le dará el sol y es preciso llevarle en segrieda á la sombra. Este panceco deshojado no le librará de la insolación. — ¡Hola! — exclamó asombrado al ver una flor de *Victoria régia* colgada en el lado opuesto del tronco debajo de una cabeza de aimara. — ¿Qué significa esto?

— Lo ignoro lo mismo que tú. Este hombre asesinado es un blanco. Lleva el traje de los mineros. Si yo mayor que los indios son capaces de atreverse á atacar á un hombre de nuestra raza, pensaría de buen grado que esos emblemas singulares son una de sus diabluras.

— Es posible, pero como nos falta tiempo para

comprobar el hecho y el estado del herido reclama cuidados inmediatos, debemos darnos prisa.

— Lo que urge es llevarle á su rancharía, que no estará lejos de aquí.

— Me parece bien, pero es preciso curar cuanto

antes esa herida que brota sangre á cada movimiento respiratorio, por débil que sea. Debe tener el pulmón perjudicado.

— ¡Hola! — gritó á sus negros. — Vengan dos hombres de buena voluntad con una hamaca. Habrá



— ¿Está muerto? pregunta su compañero con voz inquieta.

doble ración y doble paga para los que conduzcan este blanco á su cabaña.

Dos robustos mozos de atléticas formas acudieron al llamamiento.

— No hay necesidad de dinero para llevar á este pobre señor — dijo uno de ellos.

— Está muy malo — repuso el otro. — Nos contentamos con hacer una buena acción.

— Bien, amigos míos — respondió el joven, mientras su compañero abría un botiquín portátil. Os agradezco vuestras intenciones, sois unos chicos honrados y os recompensaremos de otro modo.

— ¡Cosa más rara! — dijo el médico improvisado. — He visto muchas heridas desde que doy tumbos por los bosques, pero jamás he encontrado ninguna como ésta.

— Pues ¿cómo es?

— No está producida por una cuchillada, ni por una bala, ni por una flecha. La flecha penetra y desgarrá, y muchas veces su punta se queda entre los tejidos. El cuchillo hace una sección perfecta y la bala produce una fuerte contusión, fiñendo de color violeta los bordes de la abertura. Por el contrario, esta herida participa de los tres tipos sin reforirse ex-

clusivamente á uno solo. Presenta una sección como la del cuchillo, desgarran como la flecha y hundiéndose como la bala; no falta más que el círculo violeta. Aunque nunca he visto ninguna herida de colmillo, me atrevería á asegurar que ésta la ha causado uno de esos largos caninos que tienen ciertos animales.

— Sin embargo, ya sabes que excepto el patito y el cerdo salvaje, los animales del continente americano no tienen colmillos.

— ¿Quién sabe?

Á pesar de que el viajero hablaba, no habla permanecido inactivo. Sobre la abertura colocó un puñado de hilas impregnadas en agua fenical, cubriéndolas con una compresa igualmente humedecida y sujetándolo todo con una venda. En seguida aplicó un frasco de amoníaco á las narices del herido, que hizo un brusco movimiento y entreabrió los ojos. Quiso articular algunas palabras, pero sus labios no emitieron ningún sonido.

Solamente cuando los dos negros levantaron la hamaca lanzó un grito de dolor, á pesar de que lo hicieron con infinitas precauciones.

Pusiéronse en marcha los robustos portadores, precedidos por los dos europeos. Durante un cuarto de hora siguieron el curso del arroyo, y no tardaron en descubrir la ranchería descrita en el artículo anterior.

Los obreros, tranquilos y casi lúgubres veinticuatro horas ántes, ofrecían un aspecto tumultuoso en el momento de llegar al triste cortejo. Los negros, sobre todo los indios, parecían atacados de vértigo. Los chinos chillaban y gritaban como una bandada de pájaros asustados.

El motivo de aquél era muy fácil de explicar, por desgracia. Los hombres que salieron á la descubierta con el dependiente holandés habían huído como unos cobardes cuando vieron el cuerpo inanimado del director. Su regreso, con todos los caracteres de una fuga desesperada, llevó al colmo el desorden, que ya reinaba entre los trabajadores. Aquel lugar estaba maldito, puesto que el mismo blanco, á pesar de los *piayas* omnipotentes que tienen los hombres de su raza, había sido víctima del malolichu.

Los fugitivos absorbieron el brujarín en dos veces, y como la emoción repercutió violentamente en el estómago, quisieron beber más. Apelaron á los fondos secretos y compraron las raciones de los chinos. Pero esto no fué bastante. Los «celestiales» tenían todavía algunas botellas enterradas en el suelo de sus cabañas. Nueva transacción, seguida de frecuentes tragos. Las buchas hicieron brillantes negocios.

Algunos negros, completamente borrachos, se pusieron á bailar. El negro es tan aficionado á los gozos coreográficos, que sería capaz de bailar sobre un volcán. En todo el *placer* no había más que un tambor de piel de kariaku, insensible para la danza. Se encontraron algunas cajas de hoja de lata, destinadas á conservar manteca, y estos instrumentos primitivos, golpeados furiosamente, despertaron los ecos del valle con su terrible estrépito.

No tardaron los negros en agitarse como locos. De

ses costados brotaba el sudor, convirtiéndose en espuma. Un olor de aboiado, semejante al que exhalaría una tribu de caimanes, se esparció en la atmósfera. La sed de los danzantes era insaciable, y apelaron otra vez á los chinos, cuya provisión estaba agotada. Un indio que bailaba con sus congéneres el «balle del tigre», no lo quiso creer y trató de penetrar en la cabaña de un celestia. Pero John Chinaman, que no creía conveniente permitir aquella violación del domicilio, sacó el cuchillo. El indio blandió su garrote, y aquí es oportuno decir que todos los indios mansjan admirablemente el palo y saben convertirle en un arma terrible.

El chino no pudo hacer uso de su cuchillo. La estaca del indio cayó de alto á bajo silbando, haciendo saltar la hoja á diez pasos y rompiendo el brazo que la sostenía. Un segundo chino acentó á vengar á su compañero; su cráneo produjo un sonido cascado, y el infeliz cayó al suelo.

Los negros gritaron: ¡Bravo! Pero los chinos respondieron con uno de esos clamores que acompañan al acto de coger sus juncos. Los humildes guanapanos se trocaban en los feroces piratas que saquean el Océano desde el mar Amarillo hasta el golfo de Tong-King.

La pelea fué espantosa. Crujían las cabezas, las espinas dorsales se quebraban, volando por el aire los pulos rotos. Las largas trenzas de pelo de los celestiales sacudían la atmósfera como rabos de cometa en medio de un huracán, y los brazaletes de plata sonaban en los tobillos y miembros de los indios, agitados por insensatos movimientos. Las carnes se abrían á impulsos del acero y eran magulladas por los palos. Al fin, el garrote triunfó del cuchillo. Media docena de indios yacía en el suelo, pero lo ménos catóres chinos muertos ó gravemente heridos estaban esparcidos entre los tocónes y las raíces.

Un acto asombroso de audacia y de vigor acabó de derrotarlos. Un malabar alto y seco como un fakir, pero dueño de unos miembros que parecían tejidos con cuerdas de metal, engió á cuatro chinos por las trenzas, las ató unas con otras, despues de desarmarlos, sujetándoles como á perros en tralla.

— Venga vuestro ron — gritaba.

Los pobres diablos chillaban de un modo que hacía enternecer á los guijarros del valle.

— ¡Ah! no queréis — continuó el malabar loco por el furor — esperad. ¡Fuego!.... Les atarémos á un árbol. ¡Vamos á tostarles las piernas!.... Master John, te asegurémos hasta que nos reveles el sitio donde ocultas el ron.

Sin embargo, no se cumplió aquella horrible amenaza. En medio del tumulto producido por la sangrienta lucha se abrió, sin saber cómo, la puerta del almacén de los viveres. Negros, indios y chinos lanzáronse al interior, olvidando sus rivalidades. Los barriles de bacalao rodaban vacíos. Las merluzas secas sembraron el suelo, impregnando el aire con su olor de salazon. Los toneles que contenían el cusc experimentaron la misma suerte. Los asaltantes se hundían hasta media pierna en el montón de provisiones para todo un mes. Una barrica de ron fué ol-

jeto de grandes atenciones, y después de colocarla en cédales improvisados con dos zoquetes, la taladraron con una barrena.

Un chorro de color de ómbar salió por el agujero llenando multitud de cois, cazos, cajas de conservas, marmitas, etc.

Todo el *placer* estaba dominado por un delirio alcohólico. El segundo renunció a luchar, considerando todos sus esfuerzos, no solamente inútiles sino peligrosos.

La algazara, los gritos y las danzas comenzaron con más ardor que antes. Los chinos hicieron lo que nunca se conocía en los años de la emigración. Encontrando oportunidad para una francachela gratuita, y juzgando que sería imposible sustraer algunos capullos del licor incendiario, se mojaron como vulgares esponjas.

En aquel momento aparecían los dos blancos y detrás los negros conductores del herido.

Su presencia causó el efecto de un chorro helado sobre aquellos cráneos calentados al rojo. Únicamente los chinos, borrachos por vez primera, continuaron su danza de polidónes descompuestos, mezclada con clamores y chillidos espantosos. Los negros, más disciplinados y menos beodos, á causa de la resistencia producida por un prolongado uso del alcohol, se callaron y volvieron á sus chozas. Los indios habían desaparecido como fantasmas de bronce.

— ¡Oh, oh! — dijo el más jóven; — parece que esto anda mal, ó por mejor decir, demasiado bien.

— Si... es verdad — repuso el compañero — asesinan al amo y los obreros se emborrachan. Traducción libre: «Cuando el gato va de caza, el ratón danza.»

— Empecemos por colocar á nuestro hombre en un sitio seguro. ¡Ah! Este debe ser su alojamiento. Hay una cama. Perfectamente. Voy á disponer en alto, sobre un caballete, una cuba llena de agua con un tubo para mojar continuamente la herida.

— Tienes razón. Intentamos lo imposible, pero mientras haya vida habrá recursos. En todo caso cumpliremos nuestro deber.

En tanto que los dos extranjeros atendían á todo y se «desenredaban», según dicen los marineros, como hombres acostumbrados á la vida de aventuras, acercábase el segundo, y con emoción disculpable en aquellas circunstancias, les daba los informes indispensables.

Supieron el nombre de Mr. du Vallon, que les era desconocido. En cuanto al *placer Fortunato*, cuya designación conocieron igualmente, no consideraron oportuno hacer valer los derechos que tenían á su posesión. El holandés se puso á sus órdenes, demostrando el dolor que le causaba la catástrofe de que fué víctima su principal y los temores que debía producir la efervescencia de los obreros minadores.

— ¿Tienen algún motivo verdadero ó falso de animosidad contra él?

— Ninguno. Siempre ha sido firme, justo y escrupuloso observador de sus compromisos.

— Bueno. Por esta parte no tenemos nada que temer. Esos borrachos dormirán la mona, y si después

no quieren continuar el trabajo serán conducidos á Cayena.

— ¿Tienen en caja bastante moneda para pagarlos?

— Tengo muy poco numerario — contestó el segundo, manifestando cierta desconfianza. — Además, la mayor parte de ellos han recibido considerables adelantos. Como trabajar desde hace dos meses solamente, la suma que hay que entregar es insignificante.

— No os apuréis. Yo los pagaré y haré que vengan otros. Mientras Mr. du Vallon se restablece seguiremos trabajando, como si se tratase de un negocio nuestro.

Ya estaba dispuesto el aparato. El agua fluía en forma de delgado hilo, cayendo sin interrupción sobre el pecho del herido, que recobró el conocimiento, y cuyo semblante reveló una viva expresión de gratitud. Estrechaba débilmente la mano de sus bienhechores, pero sin pronunciar ni una palabra, pues se le había recomendado el silencio más absoluto.

Los dos viajeros, después de aquella mañana tan bien empleada, se disponían á hacer los honores á un frugal desayuno, compuesto de casabe y de un trozo de *cornedbeef*, cocido sacado de su caja de estufa, cuando se oyeron desgarradores gritos en la dirección de las cabañas.

No cabía duda. Era llamamientos desesperados que nada tenían de común con las furibundas expresiones de alegría lanzadas poco antes por los borrachos.

Precipitáronse hácia la puerta y vieron una enorme columna de humo, que pesadamente se elevaba por tres lados del rectángulo ocupado por los minadores. El débil entramado que formaban los tabiques crujió sonoramente y las cubiertas de vaya ardían como estopa. Todas las cabañas estaban incendiadas. Propagábase la llama con la velocidad del huracán, devorando en un abrir y cerrar de ojos aquellos pobres albergues, y comunicándose á los montones de árboles derribados fuera del recinto, que constituían una espesa capa sobre el suelo que no se había podido destrozarse.

De vez en cuando una detonación dominaba el rugido de las llamas. Era que estallaba la provision de pólvora de algun cazador. Los bebedores, soprendidos en su embriaguez, locos en medio de aquel mar de fuego, corrían con los cabellos erizados y las carnes humeantes. Los que caían ya no se levantaban. Los desgreñados á quienes había perdonado la asfixia, eran quemados vivos. Algunos se reponían, consiguiendo huir. Pero en su mayor parte embrutecidos por el ron, incapaces para tenerse en pié, se asaban materialmente en su sitio, sin poder ejecutar un movimiento.

El incendio va á cebarse en la cabaña del director. Los dos blancos adivinan el peligro, y cada uno se provee de un hacha. Imitando á los negros, y unos por la derecha, otros por la izquierda, se lanzan á combatir al fuego. Con sobrehumano esfuerzo atacan los postes y las vigas de mutuchí, cortan las empalizadas, derribando lienzos enteros de aquellos débiles tabiques de madera.

El almacén empieza á arder. El caos chisporrotea, se funden las cajas de conservas, la manteca circula como arroyo de fuego y los pescados secos crujen. Todas aquellas provisiones, con tanta paciencia acumuladas, la única esperanza del siguiente día, que-

dan aniquiladas por culpa de algun borracho miserable, que, revolcándose en su hamaca, como un cerdo cebado, habrá sido la causa de aquel desastre sin remedio.

El hambre, el azote del Bosque-Virgen será conse-



Se acaban materialmente sin poder ofrecer un movimiento.

cuencia inevitable del incendio. Los salvadores trabajan con ardor, y sus esfuerzos se ven coronados por el éxito, logrando dejar á salvo el albergue del enfermo. El incendio es dominado. Ya era tiempo, pues los valientes trabajadores, ciegos por las llamas, sofocados por el humo y rendidos por aquella faena de gigantes, están á punto de sucumbir.

Pero la implacable fatalidad les guarda una sorpresa terrible. Apenas sus adormecidos dedos han soltado el mango del útil, no bien su anhelante pecho ha podido absorber una bocanada de aire puro, cuando en el seno de los bosques se oye una detonacion

espantosa, que se repercute como un trueno. El suelo experimenta las mismas sacudidas que en un temblor de tierra. ¿Es una tempestad? Pudiera creerse, pues el cielo está cubierto desde hace algunos minutos por una nube tan negra como la pez. El sitio escogido por los propietarios de la *Fortuna* para establecer los alojamientos está colocada en una hondanada circuida de pequeñas eminencias, semejante al fondo de un pozo inmenso, de modo que no se ve horizonte alguno.

Al estrépito de la detonacion sigue un rugido sordo y continuado, débil en un principio, pero más fuerte

después. Los tucanes y los papagayos huyen á todo volar, lanzando agudas notas. Á lo lejos se oye al ruido que producen los árboles al caer. Crece todo aquel estruendo y recuerda el que causa la proximidad de un río desbordado, bien conocido por los que una vez en su vida han experimentado las crecidas instantáneas de los gigantes ríos del Nuevo Mundo.

El más joven de los dos blancos sube de un salto al techo de la cabaña. Con una mirada abarca todo el claro. Una capa de agua fangosa y cienicienta invade rápidamente el terreno en explotación. En diez minutos la choza, respetada por el fuego, habrá quedado sumergida, y las aguas se elevarán á más de tres metros sobre el fondo de aquel hoyo calcinado por el incendio.

Es preciso huir sin tardanza. Se ha podido combatir al fuego, pero el agua es impleable. El joven va á disponer los medios de asegurar la salvación común sin olvidar al herido, pero ve con desesperación que el emplazamiento de las cabañas está invadido circularmente. Tienen la retirada cortada por todos lados. La ranchería de la *Fortuna* es una isla, y no tardará en ser un islote. El agua, que ha salido de sus límites naturales, avanza siempre, amenazadora, nivelando las depresiones y extendiéndose sobre todos los accidentes del terreno como una salina inmensa con su triste imposibilidad.

— ¿Qué hay? — preguntó friamente su compañero al joven, más inquieto que alarmado.

— ¡Buen recibimiento nos hace nuestra antigua tierra guayanesa! Si en otro tiempo no hubiéramos sufrido toda clase de decepciones, corriendo mil peligros y triunfando de los obstáculos, te diría: ¡Estamos perdidos, amigo mío!

CAPÍTULO III.

Esplendores desconocidos y clima calamitoso. — Guayana es la colonia menos malsana de todas. — La estadística demuestra que el término medio de la mortalidad es igual en Guayana que en París. — Historia de Cayena. — Demostros principios de la colonia. — Seis expediciones intentadas y fracasadas por culpa de sus organizadores. — Torpidez, improvisación, abuso de poder y crueldad de los jefes. — Excepciones con los naturales. — El desastre de Koorri. — Muerte de 10,000 emigrantes. — Los deportados de Fructidor. — En Guayana se vive como en todas partes y mejor que en muchos países.

Á pesar de lo mucho que se ha escrito sobre la Guayana francesa, nuestra hermosa colonia es casi desconocida en la metrópoli, ó por mejor decir, no se conoce en absoluto. En vano ha sido que viajeros serios, escritores concienzudos, naturalistas, altos empleados, economistas y geógrafos se hayan levantado en todo tiempo contra un desercido tan persistente como innecesario. Por más que han dicho en el siglo pasado el grande y modesto explorador Le Blond, y recientemente los Moreau de Jonnés, los Noyer, los Carrey, los Sañot-Amand y los Malte-Brun, á despecho de la opinión del comandante Federico Boyer, interesante historiador de Guayana, y no obstante las afirmaciones del doctor Crevaux, el público cree fuertemente que nuestra colonia es un

inmenso y pestilente pantano, mortal de necesidad para todos los europeos.

Preguntad á las nueve décimas partes de los franceses, haldadles de Cayena.... Estas tres sílabas ocarán en su espíritu un mundo de miserias espantosas, de terribles sufrimientos, de mortales enfermedades. ¡Cayena!... Y esta calumniosa de la ignorancia está tan arraigada, que el gigantesco osario que se extiende al Norte de París se llama el *Cementerio de Cayena*. ¡Qué injusticia! ¡Qué desconocimiento tan absurdo de aquella hermosa comarca, á la que no falta más que un poco de notoriedad real para ser una de las más bellas alhajas de nuestro tesoro colonial!

Sucedo con los países lo que con las personas. ¡Cuántas reputaciones usurpadas ó perdidas á causa de fútiles incidentes de la vida de los hombres! ¡Cuántos países heridos de un descrédito irremediable que sólo puede imputarse á las circunstancias! No se quiere ver en Guayana personificada por Cayena, otra cosa sino un antro, en el que se amontonan con las tristes víctimas de nuestras discordias civiles, los criminales condenados por la sociedad. ¡Para nada se tiene en cuenta su incomparable fertilidad, sus vegetales ni su oro! Guayana es el albergue de los malditos, el presidio infernal, el receptáculo de todas las enfermedades.

Australia, aquella posesión inglesa cuya prosperidad no puede ser descrita, ¿no ha tenido el mismo origen? ¡Qué importa á nuestros vecinos el recuerdo de los trasportes á Tyburn y Botany-Bay! ¡Qué les importa la proximidad de los condenados! ¡No por eso han dejado de improvisarse en algunos años ciudades como Melbourne, Sydney, Brisbane, Adelaide ó Perth! El error y la verdad no podrían encontrar equivalente acá ó allá. Pero, puede objetarse, pasemos sobre las miserias de la deportación ó las ignominias de la trasportación (1). Desde hace dos siglos se han llevado á cabo numerosas tentativas con objeto de fondar en nuestra colonia grandes establecimientos, dándole aquella prosperidad que necesita; pero todos los esfuerzos han tenido un resultado deplorable, convengo en ello, pero mi intención es poner á la vista del lector un relato histórico tan breve como completo. Así podrá juzgar por sí mismo si las extravagancias cometidas por la mayor parte de los jefes debían ó no producir resultados negativos, cuando no perjudiciales, y si los reverses solamente imputables á los hombres han quitado á la Guayana una centésima parte de su valor.

(1) Ruego al lector que no olvide que la palabra deportación se aplica solamente á los acusados de delitos políticos, y la palabra trasportación á los criminales ordinarios.

(Se continuará.)

EL BANDOLERO, Ó UNA BODA EN LAS MONTAÑAS,

POR EL CAPITAN

MAYNE-REID.

No se veía señal ninguna de semejante cosa. Los poblanos parecían ángeles dociles de la plaza. Estaban alegres y alborotaban, medio borrachos con su *pulque*, y se sentían inclinados á pelear, más bien que á dar pruebas de amistad, sobre todo, á nosotros.

Los *leperos*, que ya no temían á sus autoridades, fueron poco á poco permitiéndose toda clase de libertades. En mi camino fui varias veces insultado, no por mi uniforme, que no podía verse con el gran abrigo que llevaba, sino por este mismo gran paletó, que ellos suponían no podían usar más que los aristócratas del país. Esto era siempre menos malo para mí, puesto que sólo tenía que sufrir sus groseras frases, presentadas de un modo algo rudo, es verdad, pero que era gloria para la cariñosa recepción que me hubiesen dispensado si hubiesen visto el traje que ocultaba el largo paletó que tanto les chocaba.

Comprendí muy pronto que había emprendido un paseo por demas peligroso. Era, sin embargo, tal mi afán de llegar al término que me había propuesto, que nada podía detenerme; hubiese arrojado sin dudar un momento peligros diez veces mayores. Seguí, pues, mi camino, cuidando de cerrar perfectamente mi abrigo. Por fortuna había tenido la precaución de cubrir mi cabeza con un sombrero mejicano en vez de ponerme la gorra militar que siempre usaba, y los galones dorados de mis pantalones eran entonces muy de moda entre los mejicanos. En veinte minutos me encontré en la calle del Obispo. Comparada con las otras calles por donde había pasado, ésta parecía desierta. Escasamente se veían dos ó tres hombres atravesarla. Alumbrada por la escasa luz de una docena de faroles de aceite colocados á gran distancia unos de otros, resultaba una oscuridad muy conveniente para mí por todos estilos. Uno de estos faroles estaba enteramente enfrente de la casa de Mercedes y me había servido varias veces de guía para encontrar mi balcón querido. Enfrente de la casa había una gran puerta, y en el hueco de ella me coloqué para esperar pacientemente la salida del cochero.

CAPÍTULO VI.

ADIOS, QUERIDO FRANCISCO.

Á pesar de conocer perfectamente la hora en que solía salir, no la calculé sin duda con la mayor precisión, puesto que ya hacía más de veinte minutos que esperaba con mi carta en la mano y el doblon en el bolsillo, prontos ámbos á ser entregados al chispeante cochero que yo había escogido por confidente. La casa tenía tres pisos; su construcción maciza la daba un aspecto de grandexa solemne. La gran verja

cerrada todo alrededor, estaba aún doblemente segura con fuertes cerraduras y enormes cerrojos. No había luz en el zaguán y nada podía verse por las ventanas ni balcones perfectamente cerrados todos. Si no hubiese recordado que en Méjico hay muchas casas que tienen hermosas habitaciones sin vistas á la calle, hubiese podido suponer que la casa de Villa-Señor estaba desocupada ó que sus dueños estaban ya acostados. Esto último no era muy probable, puesto que eran poco más de las nueve y media. Pero ¿qué había sido de mi cochero? Esta era su hora de salir según yo había observado, y yo estaba allí desde las ocho y cuarto. Algo debía detenerle en casa; alguna obligación existía que no le permitía salir aquella noche. Esta idea me impacientaba y me hacía ya insostenible el rincón de la puerta del vecino de don Eusebio. ¡Las diez! La sonora campana de la catedral dejaba oír esta hora fatal para mí aquella noche. Lo menos veinte relojes de otras tantas iglesias, cuyas torres adornan la ciudad de los Angeles, repitieron las diez campanadas y llenaron el aire con el melodioso sonido de sus lenguas de metal. Para matar el tiempo se me ocurrió arreglar mi reloj, que yo sabía no era de los cronómetros más perfectos. La luz del farol que tenía enfrente me permitía ver con bastante claridad la posición de las manillas. Tal vez me detuve demasiado, quizás empleé algunos minutos en aquella operación. Al guardar mi reloj miré otra vez á la puerta de don Eusebio, á un postigo por el que solía salir el cochero. La puerta estaba cerrada y, sin embargo, con gran sorpresa mía vi un hombre delante de ella. ¡Era él ó era otro! Yo no había sentido el más ligero ruido; ninguna puerta había sonado al abrirse ó cerrarse; no podía ser el cochero. Pronto me apercibí que no era él, ni nada que se le pareciese. Aquel hombre iba como yo envuelto en un abrigo y tenía un sombrero negro; pero á pesar de este disfraz y de la escasa luz que daba el triste farol que tenía enfrente, no podía tomársele por un criado, ni mucho menos por un lepero. Todo su aspecto indicaba el más perfecto caballero, oculto entre los pliegues de su largo paletó; las delicadas líneas de su hermoso rostro no podía confundirse con las groseras facciones de mi desdado cochero. Parecía un hombre de mi edad, unos veinticinco años. Por lo demás era en todo bien superior á mí, porque su cara, según pude ver desde mi sitio, me pareció de una perfecta belleza.

Su hermoso bigote negro, graciosamente rizado en sus dos extremos, dejaba ver dos filas de pequeños y blancos dientes al sonreírse, por más que aquella sonrisa destruyese mi corazón. Claro es que sufrí un desengaño al convencirme que no era el cochero:

pero no era esto lo que me causaba un pesar tan profundo. Muy diferente era el sentimiento que me inspiraba. En lugar del complaciente intermediario que yo esperaba, creí ver en aquel hombre un rival, y lo que era peor aún, un rival dichoso, puesto que hasta miraba la expresión de felicidad que había en sus hermosas facciones, para comprender toda la dicha que sentía su corazón.

Seguramente no se había parado delante de la casa de don Eusebio sin algún propósito; era evidente que esperaba algo, mientras pasaba delante del balcón que con tanto afán miraba que era ¡ay! el mismo que yo tan apasionadamente había contemplado. Sus miradas y su aire todo demostraban una completa seguridad que dejaban adivinar que no era la primera vez que venía á aquel sitio, al cual acudía, no como



Adios, mi querido Francisco.

yo por una baja esperanza, sino con la deliciosa certeza que proporciona una cita. De fijo que no habría necesitado como yo del ayuda del cochero. Sus ojos no miraban como los míos la puerta de entrada, sino que no se apartaban un momento del balcón, en el cual indudablemente esperaba que apareciese alguien. Oculto en la puerta yo no había sido visto por él, aunque me importaba esto muy poco. Permanecí escondido, por costumbre sin duda, y sin darme cuenta de lo que hacía, por instinto, si prefiere el lector esa frase. Desde el primer momento adiviné que mi juego

había terminado, y que nada tendría que hacer con el criado de don Eusebio Villa-Señor. Su hija tenía ya otro compromiso y no podía ocuparse de mí. Porque yo sólo pensaba en Mercedes. No se me ocurría ni siquiera por un momento que aquel hermoso caballero pudiera ocuparse de la otra. Más feliz que yo, no tuvo que esperar mucho tiempo. Las diez debía ser la hora de la cita. La catedral debía dar la señal, y á la primera campanada, el amante feliz apareció en la calle del Obispo y se dirigió hácia la casa de Mercedes. Todavía resonaba el aire con el eco de la última

nota, cuando vi apartar con silencio las persianas, y una cara, que mil y mil veces había ya visto en mis sueños, ahora, en espantosa realidad, apareció entre ellas. Un instante después aquella figura, vestida de oscuro, salió fuera del balcón; su blanco brazo se apoyó en la barandilla; algo más blanco todavía apareció en sus finos y delicados dedos, y cayó sin ruido á la calle acompañado de una frase dulce y sencilla, que, aunque pronunciada en voz muy baja, llegó hasta el fondo de mi corazón: «Adios, querido Francisco.» Antes que el pequeño billete fuese recogido por el feliz amante, desapareció del balcón la joven; las maderas volvieron á cerrarse, y la casa y la calle quedaron de nuevo sumidas en el más profundo silencio. Nadie que hubiese pasado por casa de don Eusebio en aquel momento hubiese podido suponer que su hija acababa de cometer una indiscreción. El secreto quedaba guardado por dos individuos; ¡y cuán distinta era la impresión que en ellos producía! El uno quedaba completamente trastornado de felicidad, mientras que el otro se consideraba el ser más desgraciado de la tierra.

CAPÍTULO VII.

LOS BANDIDOS DE LA NUEVA ESPAÑA.

Acostumbrados á vivir bajo un gobierno cuya policía está tan perfectamente organizada como la nuestra, los ingleses no podían comprender cómo puede subsistir una partida de ladrones dentro de una ciudad civilizada.

Es verdad que tenemos cuadrillas de rateros y sociedades de saltadores, cuya sola ocupación es el robo. El ladrón de caminos no ha desaparecido por completo todavía, y muchas veces ofrece el oficio de bandido saliendo á los caminos á pedir la *bolsa* á la *vida*; no es posible distinguirlos del honrado jornalero ni por su traje, ni por su figura: más bien imita el traje del campesino. No parece temer las leyes demasado. Las desprecia de la manera más descarada, y si alguna vez las tiene presentes es por miedo á la guillotina ó á los trabajos del presidiario, tan opuestos al género de vida que él prefiere.

Pero este temor se limita á evitar la policía con una bala en una mano y un fuerte garrote en la otra.

Lo incomprensible es la idea de una partida de ladrones presentando batalla, no sólo á un grupo de valientes oficiales, sino quizá á medio regimiento de soldados; una partida armada con espadas, carabinas y pistolas, equipados con una especie de uniforme de un estilo enteramente suyo, que hace suponer que nos encontramos transportados á las montañas de Italia. Casi dudábamos que tales cosas pudiesen existir, hasta que tuvimos ocasión de verlo por nuestros propios ojos. Nuestros liberos de Londres no quieren creer las historias de los viajeros robados y secuestrados hasta recibir el rescate pedido por ellos á sus familias, y si no lo tienen lo fustigan. Claro es que el Gobierno no rescata, contestan siempre los incrédulos. Ahora ya se van convenciendo con la triste experiencia. Un humil-

de artista ha demostrado prácticamente esta triste verdad. Las autoridades de Italia, unidas con las de Inglaterra, se han visto obligadas á tratar con un jefe de bandidos, y á pagarle la suma de veinte mil duros por el rescate de su querido pintor. El comerciante que ocupa tranquilamente una butaca en el patio del teatro, ó un asiento modesto en los palcos del tercer piso, tomará en adelante más interés cuando venga á oír la preciosa ópera *Fra Diavolo*, puesto que sabe que el hermano del diablo es una realidad y Mazzaroni algo más real que el fantástico tipo creado por la imaginación del autor. Hay otra clase de bandidos de un estilo todavía más pintoresco, en los que no quieren acabar de ser los ingleses, bandidos no solamente armados y equipados como los *Fra Diavolo* y Mazzaroni, sino que ejercen su profesión á caballo, y no solos como hacían los Turpino y Blandieu Divale en nuestros antiguos tiempos, sino formados en pequeños escuadrones de veinte, cincuenta y á veces cien hombres. Estos ladrones montados, que son el verdadero tipo del bandido, se encuentran en nuestra época entre las montañas ó en las llanuras de Méjico. Allí se los encuentra en todo su apogeo, dando sus golpes de mano con la mayor perfección y ejerciendo, en fin, su industria con el mismo orgullo y satisfacción que si fuese la profesión más honrada.

En las ciudades y sus arrabales existen estas mismas partidas bajo la denominación de bandidos de á pie. En el campo su bandera es mucho más importante, puesto que llega á formar un verdadero oficio. Sus partidarios no van solamente en pequeños grupos y á pie, sino que, siguiendo la costumbre de nuestros ladrones, y formados en partidas perfectamente organizadas, montan caballos magníficos y tienen una disciplina casi militar.

Estos son los verdaderos bandoleros, llamados por algunos saltadores del camino grande. Podéis siempre encontrarlos en el camino real que va de Vera-Cruz á la capital, por el lado de Jalapa ó de Orizava, en el que va de la capital al puerto de Acapulco, en los caminos de Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí, ó hacia el lado de Guadalajara y Michoacan; en fin, en todas partes donde creen tener probabilidades de encontrar alguna víctima que sacrificar.

No solamente es fácil encontrarlos, sino seguro si se pasa siquiera tres veces seguidas por cualquiera de los caminos que he citado. Se encuentra al saltador montado en un caballo muy superior al que uno lleva, con un traje que vale tres veces más que el nuestro, adornado de plata, con botones de perlas y oro, sobre sus hombros un rico *serape* ó una magnífica *manga* de un paño finísimo, azul púrpura ó escarlata. Se le encuentra, se le ve y se le siente si no obedecéis y os ceñáis boca abajo en el momento que os gritan: «¡A tierra!» y le dáis después todo cuanto de valor habeis tenido la imprudencia de llevar encima.

Si no se obedece á cuanto disponen aquellos poderosos señores, pronto se recibe el duro y desagradable contenido de sus carabinas en el pecho, ó un golpe de lanza que os atraviesa el corazón. Si tenéis la bondad de complacerlos, os darán con la mayor finura per-

miso para continuar vuestro viaje; y hasta quizás os piden mil perdones por haberos molestado.

Yo bien comprendo que cuesta mucho dar crédito á semejantes hechos en un país que se dice civilizado; pero será difícil para los demás; en cuanto á mí, son recuerdos prácticos de la triste experiencia.

Creo, sin embargo, que este estado de cosas tiene una explicacion más sencilla, y se comprende fácilmente, formándose una idea exacta de un país en el que por espacio de cincuenta años no se han conocido siquiera quince dias de paz, durante los cuales ha reinado naturalmente la más completa anarquía; un país lleno de gente disgustada, de militares sedientos de fama y mal pagados; un país en el que sólo se encuentran desiertas llanuras y elevadas montañas, entre cuyos peligrosos precipicios es tan fácil al perseguidor apoderarse del débil perseguido.

Aun á la vista de las ciudades, hay sitios ocultos entre las chozas, donde pueden esconderse esta clase de hombres, que no temen los patriotas políticos, porque saben muy bien que son más bien temidos por ellos. Como la mayor parte de los extranjeros al llegar á Nueva España, me costaba mucho creer el estado en que se encontraba aquel desgraciado país. Era demasiado raro para ser cierto. Había, sí, leído varias historias de bandidos, pero siempre las había supuesto exageradas.

¿Cómo creer que las diligencias eran detenidas casi todos los dias yendo acompañadas de una escolta de dragones de cuarenta ó cincuenta hombres, cuyos pasajeros eran maltratados y aun muchas veces asesinados; pasajeros que no siempre eran gente humilde del pueblo, sino que había entre ellos oficiales de alta graduación, representantes del Congreso, senadores del Estado, y hasta altos dignatarios de la Iglesia!

Pero tuve ocasión de presenciar más de una vez estas incomprendibles escenas de vandalismo, y ya no podía dudar de su veracidad. Después de todo, no es tan diferente de lo que diariamente ocurre entre nosotros.

Es muy deshonroso bajo cierto punto de vista, pero su práctica tiene en cambio cierto romanticismo que no puede compararse con el fuerte y terrible garrotazo que nos administran en nuestras calles. Debemos confesar, en honor de la moralidad de los mejicanos, que por cada bandolero que se encuentre en sus caminos tenemos nosotros cien ladrones del peor género; que tal considero yo á los miles de hombres dedicados á toda clase de negocios sucios que tanto abundan en nuestro país, sin hablar de las mil especulaciones á que se presta nuestro sistema de contribuciones; todo lo cual es enteramente desconocido en el país de Moctezuma.

En punto á moralidad, si se comparan los pintorescos robos de un lado con las abominables especulaciones del otro, dudo mucho que sea Méjico quien salga perjudicado, y casi puedo asegurar que la pobre Inglaterra resultará más lastimada en esta comparacion. En cuanto á mí, prefiero mil veces el ladron de camino al de las ciudades, y debe ser tenida en cuenta mi opinion, por haber disfrutado las emo-

ciones que todos ellos proporcionan á sus favorecidos.

Esta digresion ha sido producida por el recuerdo de mi encuentro con los primeros, que tuvo lugar en la Puebla, y precisamente en la misma noche en que sufrió el cruel desengaño de la calle del Obispo.

CAPÍTULO VIII.

RECORDANDO Á MI RIVAL.

No podía dudar que mi rival se me había anticipado. Imposible equivocarse la frase tan bien pronunciada cuando, queriendo Francisco. El corazón más frío no podía menos de comprender su cortísimo sentido, mucho más habiendo sido acompañada de aquella varia con tanto gusto recibida por mi dichoso rival.

Mi corazón quería saltar del pecho; no era solamente celos lo que yo sentía; era rabia, despecho, desesperacion, y creo que tenía motivo sobrado; porque si alguna mujer me había dado esperanzas con sus expresivas miradas y dulces sonrisas, esta mujer era, indudablemente, Mercedes Villa-Señor. ¡Y todo para hablarme de mí; tal vez para lisonjear su vanidad de mujer!

Había demostrado bien claramente comprender todo lo que yo quería decirle con mis ardientes miradas; eran demasiado expresivas para pasar desapercibidas. Tal vez está no le desagradaba del todo.

Sea como fuere, yo estaba seguro de haber visto en ella algo que me había hecho cobrar esperanzas. Una vez, por ejemplo, había caído una flor de su balcon, tal vez una casualidad, pero en la que yo veía oculta una segunda intencion, que desde luego interpreté en mi favor.

Mi deseo fué más allá de mi pensamiento; creí que era la recompensa de la herida de mi espada; la recogí y la guardé al lado de mi corazón. Cuando miré al balcon, me pareció ver una sonrisa de aprobacion en su hermosa boca. Así lo creí al menos, y aun pensé ver la boquita asomando entre las pliegues de su vestido por un momento y despues esconderse cuidadosamente.

Todos estos dulces episodios ocurrieron durante mis infinitos paseos por la calle del Obispo. Fué la última vez que pude ver á Mercedes con luz del dia. Después vino el fastidioso intervalo de reclusion, y ahora seguía un interminable periodo de disgustos, producido por la simple caída de un pedazo de papel, y las dulces palabras que habían dado fin á todas mis esperanzas, puesto que para mí equivalía á ver á Mercedes en los brazos de su querido Francisco.

En medio de mi desesperacion, me sentía indignado, me parecia haber sido el juguete de una cruel coqueteria. Imposible quejarme á nadie, y, sin embargo, sentí la necesidad de desfogar mi ira.

¿Si hubiese podido verla en aquel momento!... pero se había retirado del balcon. Lo más probable es que no la viese más ni allí ni en otra parte.

¿Con quien desahogarme? ¿Con el hombre que me había robado su cariño? Nada más fácil que cruzar la calle, ponerme delante de él, insultarle y pasar mi espada por su pecho.

¿Qué locura! ¿Un hombre á quien no conocía, y á quien seguramente no volvería á ver en mi vida!

Por más absurdo que parezca y más injusto que fuese mi deseo, éste era el impulso que sentía.

Pude al fin dominarlo.

Su hermosa cara debió servirle de mucho en aquella ocasión. Le vi mejor á la luz del farol, mientras leía su preciosa carta. Su aspecto era tal que no había medio de ofenderse; comprendí que no tenía motivo para hacerle el menor daño.

No solamente era inocente del pesar que me había causado, sino que hasta ignoraba mi presencia. Por mucho tiempo debía seguir ignorándola. Esta fué mi reflexión, mientras me volvía para marcharme de aquel sitio fatal.

El cochero podía ya entrar y salir sin miedo de que yo le molestase. Su tardanza le había hecho perder aquella noche una onza. La carta, que hasta entonces había yo conservado en la mano, volvió á esconderse humildemente en mi bolsillo.

Las amorosas palabras, los dulces sentimientos que yo había escrito con tanto entusiasmo, nunca serían leídos por aquella á quien iban dirigidos. Por mi parte, había concluido para siempre con la hija de don Eusebio Villa-Señor, por más que su imagen quedase grabada para siempre en mi corazón; al ménos pasaría mucho tiempo, mucho, ántes que consiguiese olvidarla.

Quería irme hácia el cuartel, para tratar de resignarme en secreto con mi humillación; pero no sé por qué no sabía apartarme de aquella calle; algo me decía que debía esperar; tal vez hubiese una repetición de la escena que acababa de presenciarse.

Apénas podía yo creer semejante tontería; era evidente que ella no volvería aquella noche. Su visita al balcón había tenido todo el aire de una escapatoria. Yo había notado que una vez ó dos había vuelto la cabeza como si temiese que la espíasen, y era indudable que había escogido aquel preciso momento. Toda aquella maniobra había sido ejecutada con muchísima cautela. Se veía que sus amores eran contra la voluntad del padre.

¡Ah! ¿Demasiado bien comprendí yo aquella deliciosa situación clandestina! Siempre escondido en el hueco de la puerta, podía observar á Francisco mientras descifraba, ó más bien devoraba la carta. ¿Cómo le envidiaba aquellos dichosos momentos!

Las palabras trazadas sobre el fino papel debían ser tan dulces para él, como su vista era amarga para mí. Su cara estaba enteramente delante del farol. No había más que verle para comprender que una mujer le adoraba y un hombre tuviese celos de él. ¿Se explicaba perfectamente el entusiasmo de la hija de don Eusebio!

No tardó mucho en enterarse del contenido de la epístola. Su lectura le produjo gran alegría. Pude verle por la agradable expresión que se manifestó en todas sus facciones. ¡Si yo hubiera podido ver las mías, de hijo hubiese encontrado un triste contraste! Acabó de leer, dobló la carta, y con el mayor cuidado, como aquél que quería conservarla toda la vida, la hizo desaparecer debajo de su paletó; se abro-

chó perfectamente después; dirigió una expresiva mirada al sitio por donde había recibido la dulce misiva, y dando media vuelta empezó á andar.

Yo le seguí, sin que me sea posible decir por qué. Mis primeros pasos fueron enteramente mecánicos, sin idea ninguna. Podría ser un inepto de.... fascinación.... como el que conduce á la víctima precisamente al sitio peligroso que debería evitar.

Si se hubiese consultado á la prudencia, á la experiencia ó á cualquier otra de estas buenas señoras, me hubiese dicho: «¡Vete por el camino opuesto; véte y olvida! Olvidala á ella y á él, y todo lo que ha sucedido. No es tarde todavía. Estás á la orilla del mar de la pasión; puedes apartarte de él. Retírate pronto y sálvate de sus profundos abismos!»

Pero ¿qué hubieran conseguido estos buenos consejos al lado de la belleza de Mercedes? ¿Qué eran para mí, comparados con los encantos de una hija de Méjico? Sólomente su vista hubiese bastado para inclinar la balanza al lado de mi amor. Quería, por el contrario, saber más todavía, y sin duda por esto seguí los pasos de Francisco.

Si al empezar á andar no tenía objeto ninguno, pronto apareció éste, por más que no fuese muy esencial.

Descaba saber qué clase de hombre era el que me había suplantado con tan feliz éxito.

Tenía el aspecto de un caballero, y el aire militar, tipo que había yo encontrado ya más de una vez en aquel país. No había en su traje, sin embargo, signo alguno de milicia.

Conforme iba pasando por delante de los faroles, pude observar su estilo y su traje: pantalones oscuros sin trabillas; un paletó; un lustroso sombrero, como era de moda entonces entre los comerciantes del país. Pero todo ello me pareció bastante malo, y más bien estropeado por el uso que por no ser la clase de lo mejor. El paletó era de un paño muy bueno, de las fábricas de España. El sombrero tenía un galón, que ántes de ensuciarse debía ser magnífico.

Todas estas observaciones las hacía yo con su cuenta y razon. Sacaba de ellas infinitas deducciones. La más segura era que mi rival, en vez de ser rico, se encontraba precisamente en la condición opuesta de la vida, es decir, sin un cuarto. Me convení de esta suposición cuando le ví pararse delante de la puerta de una humilde casa, en una calle de pocas pretensiones. Abrió con la mayor facilidad, y sin hablar á nadie, entró como aquél que toma posesión de su casa.

Estas circunstancias decían muy claro que no pertenecía á la clase feliz de los *ricos*; al mismo tiempo que daba una clara explicación de las precauciones tomadas por la bella Mercedes para dejar caer su billete. En vez de consolarme, esta idea aumentó, si era posible, mi dolor. Hubiera preferido ver á mi rival rodeado del mayor lujo. El amor que inspira el pobre es siempre más voraz; no hay esperanza de arrebátárselo. Nadie es capaz de suplantar al amante que es amado por sí mismo.

Aquel sencillo episodio me había hecho conocer una

historia llena de romanticismo. Mercedes Villa-Señor, la hija de uno de los más ricos hacendados de la ciudad, dueño de una de las mejores casas, sostenía una correspondencia secreta con un hombre mal vestido, que habitaba una humilde casa en una de las peores calles de la ciudad de los Ángeles. No me chocó mucho el descubrimiento; sabía muy bien que ésta era una de las cosas de Méjico; solamente que esta vez me causaban estas cosas un pesar profundo.

CAPÍTULO IX.

¡BUENA EL AMERICANO!

Semejante a un ladrón que sigue con sigilo su víctima espiondo la ocasión de sorprenderla, así seguí yo a Francisco. Preocupado con mis observaciones, no vi tres verdaderos ladrones que venían detrás de mí. No soy exacto al nombrarlos, no eran precisamente ladrones, sino *picarones de à pie*, es decir,



Me sentí de repente cogido por detrás.

bandidos de ciudad." Había llegado el momento en que yo hiciese mi primer enemistad con aquellos señores. Como ya he dicho, ignoraba completamente que nadie me imitase en el desagradable papel que yo mismo estaba haciendo. Después que mi rival desapareció detrás de su puerta, permanecí algunos segundos en la calle, pensando qué camino tomar. Nada tenía ya que hacer con el querido Francisco, y decidí volver al cuartel. Pero ¿por dónde? Entusiasmado con mi papel de espía no había reparado en el camino que seguimos, y me encontré ahora completamente perdido en las calles de la Puebla.

¿Qué hacer? En medio de este apuro, me sentí de repente cogido por detrás; mis dos brazos fueron sujetados al mismo tiempo, mientras me presentaban al cuello un fuerte garrote.

Los hombres que se habían apoderado de mí eran fuertes, pero no tanto que pudiesen impedir que yo me librara de ellos. Estaba yo entonces en todo el vigor de mi juventud, y por más que pareciera vanidad en mí, no era muy fácil sujetarme. Con un fuerte empuje aparté los dos hombres que me cogían los

brazos; pero al volverme vi que el garrote trataba de ejercer sus funciones, y di tal golpe al que le tenía, que fué á caer en medio de la calle. Antes que ninguno de los tres pudiese renovar su ataque, tenía ya mi revólver en la mano, pronto á dejar en el sitio al primero que se acercase. Los ladrones se quedaron á distancia.

No habían supuesto en mi semejante resistencia, y si hubiesen sido ellos solos, de fijo que no me hubieran vuelto á molestar aquella noche. De los tres ya hubiese yo sabido librarlos; en aquel mismo momento, aprovechando su estupefacción, hubiese podido dejarlos muertos. Tenía en la mano una pistola de seis tiros y otra igual en el cinto; doce tiros tan seguros como el más fuerte golpe de su garrote. Con la cuarta parte me bastaba, puesto que estaba seguro de no desperdiciar ninguno.

(Se continuará.)

EL SARGENTO FEDERICO

(HISTORIA DE UN FRANCÉS EXPULSADO POR LOS ALEMANES).

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

TRADUCCION CASTELLANA DE FERNANDO GARRIDO.

Diciendo esto se veía a más y mejor, y como yo parecía sorprenderme, continuó:

— Pues bien, el asunto está resuelto en dos palabras. El otro día vi á Marlín tan triste que le pregunté si estaba enfermo, y el pobre mozo me confesó con lágrimas en los ojos lo que él llamaba su desgracia. Teneis, tío Federico, la cara tan respetable, que ninguno de la familia se atreve á pedirlos la hija, y han pensado que yo tendría con vos la influencia de que ellos temen carecer. ¿Queréis que me ponga el uniforme para pedirlos á María Rosa, tío Federico?

Él estaba tan alegre, que á pesar de mi turbación le respondí:

— ¡Ohr, señor inspector!... ahora sí que todo va bien!...

— ¿Consentís?

— ¿Sí consiento? Ya lo creo; nunca he deseado otra cosa... Sí... sí... consiento, y os lo agradezco infinito. Y podéis jactaros, M. Laroche, de que hoy habeis hecho á Federico el más feliz de los hombres.

Diciendo esto me había levantado, y ya tenía el morral al hombro, cuando el ingeniero general, monsieur Rameau, entró para asuntos del servicio.

— ¿Os vais sin acabar de tomar el café? — me dijo el inspector.

— ¡Ah, M. Laroche! — le respondí; — estoy demasiado satisfecho para detenerme más tiempo... Los chicos me estarán esperando, estoy seguro, y corro á llevarles la buena noticia.

— Muy bien, id — dijo él levantándose y acompañándome hasta la puerta. — Teneis razon, id á hacer felices á vuestros hijos.

Dióme un apretón de manos y salió, despues de saludar á M. Rameau. Tan feliz era, que no veía claro; así fué que sólo al salir del pueblo y bajar por la izquierda del valle me repuse de la turbación que me dominaba.

Acaso había bebido un poco más de lo conveniente, debo reconocerlo; aquel buen vino me trastornaba la cabeza; pero las piernas permanecían sólidas y corría como á los veinte años, riendo y exclamando:

— Ahora, Federico, todo va bien; nadie tendrá nada que decir, porque el señor inspector es quien me ha pedido á mi hija, lo que vale mil veces más que si hubiera sido el tío Daniel... ¡Ah, qué fortuna!... ¡qué felices seremos en nuestra casita!... ¡qué contentos van á estar cuando sepan que todo está arreglado, que yo consiento y que sólo falta cantar el

Gloria in excelsis! ¡Ah! Y tú, tu puedes reír también, Federico, pues todo ha salido á medida de tu deseo...; tú permanecerás en el país hasta que acabe tu vida; verás los bosques por la ventana, y sentirás el buen olor de la resina y del musgo hasta que cumplás ochenta años. Esto era lo que te faltaba, sin hablar de lo demás; es decir, de los hijos, de los nietos, etc., etc....

Me daban ganas de bailar, descendiendo por el camino de la Fronthle.

Serían las seis, y la noche se acercaba; las ranas empezaban su música monótona entre los juncos y las hierbas del estanque; los viejos pinos parecían más azulados, destacándose en el cielo sombrío, y yo me paraba de cuando en cuando para admirarlos.

— Sois hermosos árboles — pensaba yo — rectos y llenos de buena savia; estais destinados á vivir todavía mucho tiempo; el sol iluminará vuestras copas siempre verdes, hasta que alguno os marque, entregándoos al hacha del leñador. Entonces todo habrá concluido para vosotros; pero retoños vuestros habrán crecido á vuestra sombra, y el espacio que ahora ocupais no quedará vacío.

Y pensando en esto, recogenezaba mi campata enternecido y exclamando:

— Sí, Federico, la suerte está echada... quisiste bien á tu suegro Brouas; lo has sostenido cuando ya no podía ser útil para nada, teniendo en cuenta la confianza que tuvo en tí, y porque era un hombre de bien, un antiguo servidor del Estado, muy respetable... Ahora llega tu turno de ser amado y sostenido por los que se levantan henchidos del vigor de la juventud... Tú serás entre ellos como uno de estos viejos pinos, cubiertos de blanca pelusa... ¡Ah, pobres viejos, por el mero hecho de serlo merecéis vivir!... Si no hubieran crecido rectos, los hubieran cortado hace mucho tiempo para convertirlos en haces de leña....

Yo bendecía al cielo, que no abandona nunca las gentes honradas, y á las siete de la noche llegué al camino de la aseraduría por el fondo del valle; desde allí descubría la casita á la izquierda y no lejos del puente. Oí ladrar á *Bago!* y gritar á Colás, que volvía con las vacas al establo, haciendo dar chasquidos á su látigo, y á orillas del riachuelo á los patos chillar y revolcarse en la arena; algunas gallinas cacareaban todavía en el corral, y dos ó tres, ya muy viejas y medio desplumadas, metían la cabeza bajo el ala y se adormecían á la sombra de las bardas del corral.

Entónces, viendo á *Rogot* que corría á mi encuentro, yo me decía:

— Ya estamos..., ahora, atención..., tú hablarás el primero..., Juan Merlin estará aquí de seguro.... Es preciso que desde el principio todo vaya con claridad....

Subí los escalones y vi á María Rosa sentada en el cuarto, con los brazos desnudos, amasando y extendiendo luego la masa con un rodillo sobre la mesa y cortándola en pedazos para hacer torreznos. Me había visto de lejos, pero continuaba su trabajo y no alzaba la vista, y yo le dije al entrar:



Corría como á los veinte años.

— ¡Qué aplicada estás, María Rosa!

— ¡Ah, eres tú, padre mio! — me respondió; — preparo la masa para los torreznos.

— Sí, soy yo — le respondí, cogiendo el morral de un clavo; — vengo de ver al inspector.... ¿Y por aquí no ha venido nadie?

— Sí, padre, ahí ha estado Juan Merlin, y como no estabas, se ha marchado....

— ¡Ah! ¿conque no ha querido esperarme?... Bueno.... No estará lejos, y me alegraría verle, porque tenemos que hablar de asuntos graves.

Yo iba y venía, mirando la masa, el canasto lleno de huevos y el capazo lleno de harina, y á María Rosita, que se apresuraba para concluir, sin desplegar

los labios; hasta que al fin me detuve delante de ella diciéndole:

— Vamos á ver, María Rosa, bueno es trabajar, pero ahora tenemos algo mejor que hacer.... Acabo de saber, en casa del señor inspector, que estás enamorada de Juan Merlin; ¿es verdad eso?....

Al oírme decir esto, dejó caer el rodillo y se puso más colorada que una amapola.

— Si — le dije — eso me han dicho. Mas no lo digo por hacerte un reproche, no; Juan Merlin es un buen muchacho, un buen empleado de Montes, y yo no lo quiero mal.... Yo también, en otros tiempos, amaba á tu madre, y el tío Broust, que era mi superior, ni me echó de su casa ni me maldijo por ello. No hay

cuada más natural que los jóvenes se amen y se casen; pero cuando se quiere á una jóven honrada para casarse con ella, debe empezarse por pedirla á su padre, y que toda el mundo esté conforme.... Las cosas que no se hacen conforme es debido, salen mal.

María Rosa se había titubado profundamente; pero al oírlo corrió á tomar una tacaeta de rosado y la puso en la ventana abierta, lo que me sorprendió, porque mi mujer Catalina había hecho lo mismo para llamarme el día en que la pedí por casamiento. Inmediatamente apareció Merlin, que estaba escondido entre los árboles que había bajo las rocas de enfrente, donde también yo me había ocultado, y atravesó el prado corriendo, ni más ni menos que lo había hecho yo en iguales circunstancias.

Viendo esto, yo continué la comedia, fingiendo lo que había hecho conmigo el viejo Brouat. Púsemelo delante de la puerta, con mi hija detrás, y al llegar Merlin, sofocado de correr, le detuve diciéndole:

—Díme, Merlin, ¿es verdad lo que me ha dicho el inspector, que jamás á mi hija y que la pedis para casaros con ella?

—Sí, mi sargento—dijo él poniéndose la mano en el pecho:—la amo más que á mi vida.

Al mismo tiempo quiso él hablar á María Rosa; pero yo grité:

—¡Alto!.... esperad un instante.... Vos la amáis, y ella acaba de reconocer que es una también....

Bueno; muy bien.... el amor es cosa muy agradable.... mas no por eso hay que olvidar á los otros, sobre todo á los viejos. Cuando yo me casé con Catalina Brouat, prometí conservar á mi suegro y á mi suegra en mi compañía hasta el fin de su vida, y como hace todo hombre de honor, he cumplido mi palabra y los he querido, los he cuidado y venerado; siempre se han sentado en mi mesa en el sitio de preferencia, han bebido el primer vaso de vino y han dormido en la mejor cama de la casa. Allí está, si no, la abuela Ana para atestiguarlo. Hacedlos así, no hacis más que cumplir con mi deber; no hacéndoos, fuera un hombre indigno: nunca han tenido que quejarse de mí; en su lecho de muerte me bendijo el tío Brouat, diciéndome: «Federico, has sido siempre para nosotros como el mejor de los hijos.» Por lo tanto, yo he merecido la misma cosa, y la reclamo porque es justa.... Ahora bien, ya que me habeis oído, ¿prometeis ser para mí lo que yo he sido para el tío Brouat?.... Hablad, Merlin.

—¡Ah! jefe mío—dijo el jóven conmovido—seré el más feliz de los hombres cuando seas mi padre.... Sí, sí.... es prometido que será un buen hijo; que te querré siempre y os respetaré como mereceis.

Entonces, enternecido, le dije yo:

—De este modo todo va bien.... muy bien; yo os doy la mano de María Rosa. ¡Vaya, dale un abrazo!

Abrazáronse con efusión delante de mí. María Rosa lloraba, y yo llamé á la abuela, que entró apoyándose en mis brazos, y nos bendijo á todos, diciendo:

—Ahora puedo morir tranquila, pues veo dichosa á mi nieta, amada por un hombre honrado.

La buena anciana pasó el resto de la tarde y la no-

che rezando, pidiendo á Dios protección para sus nietos.

Merlin y María Rosa no se cansaban de mirarse y de hablar bajo, mientras yo me pasaba en la sala y les decía:

—Ya estais prometidos.... Juan podrá venir cuando quiera, esté ó no esté yo en casa. El inspector me ha dicho que está el primero en el cuadro de los ascensos, y que sin duda alguna él me reemplazará cuando me den mi retiro. Esto no tardará mucho, y entónces os casaréis.

Estas buenas noticias aumentaron la satisfacción de todos, y como la noche había cerrado, para que su madre no se inquietara, Juan abrazó de nuevo á su prometida y salió, acompañado por nosotros hasta el gran portal.

El tiempo estaba magnífico; el cielo tachonado de estrellas; ni un pájaro ni una hoja se movían lejos ni cerca. Todo dormía en el valle, y como Merlin estrechaba mi mano entre la suya al despedirse, yo le dije:

—Decid á Margrédel, vuestra madre, que venga mañana sin falta antes del mediodía, que María Rosa nos preparará una buena comida para celebrar juntos el desposorio. Esta será la fiesta más grande de mi vida. Si el tío Daniel puede venir, nos alegraríamos mucho.

—Está bien, padre Federico—dijo el mozo, y partió á buen paso.

Estrárame en casa con lágrimas en los ojos, y yo, pensando en mi pobre Catalina, me decía:

—¿Por qué en día tan feliz, mi buena, mi excelente mujer no había de estar con nosotros?

Este fué el único momento de amargura que tuve en aquel dichoso día.

CAPÍTULO IV.

Ya comprenderás, querido Jorge, que despues de esto todo marchó bien. Yo no tenía que preocuparme ya más que de mi servicio. Juan Merlin y su madre solían pasar los domingos con nosotros. Estábamos ya en el otoño; empezaban la pesca y la caza, la época de tender las redes, las danzas y los anzuelos.

El viejo relojero Baire de Fhalasbourg llegaba, como otras veces, con su gran baston y su saco para las truchas; la Flèche Vignerelle y otros llegaban con sus redes y el visco para coger pájaros, y despues de cazar y de pescar venia á comer un bocado ó á tomar un refresco á nuestra casa; el olor de la fritura y de las tortillas con jamon se extendia hasta la huerta, y nosotros ganábamos algunos céntimos. Pero todas estas cosas ya las conoces, y no hay para qué te las repita; pero aquel año llegaron tambien muchos leñadores del Palatinado, de Baviera, y de más léjos; muchachos sólidos que venian con el saco al hombro y sus altos botines, que les subian hasta los muslos, dirigiéndose á Nieslevilliers, á Luneville y á Tours para trabajar en las cortas de maderas. Pasaban en cuadrillas con el hacha al hombro y la chaqueta colgada del hacha. Bobian de un trago su cuartillo de vino alegres y avispados; llenaban la sala con el humo de sus grandes pipas de porcelana; se entera-

ban de todo, reían y bromecaban, como sucede á los que no preocupan el pan del día siguiente.

Como puedes suponer, yo me alegraba de que se detuvieran en mi casa, porque me dejaban algun beneficio; pero recuerdo una escena que muestra la ceguera de los pobres de espíritu, ignorantes de lo que

pasa á veinte leguas de distancia, y que se fían del celo del gobierno sin preocuparse de nada. Sólo el recordarlo me avergüenza, porque llegamos hasta á reírnos de los hombres sensatos que nos advertían para ponernos en guardia.

Un día estaba la casa llena de convecinos de los



Ahora puedo morir tranquila.

alrededores y entre ellos habia tambien algunos de estos leñadores alemanes. Se hablaba, se bebía y un bávaro, grandullon con patillas rojas y largos bigotes, puesto delante de la ventana exclamaba:

— Hermoso país.... Magníficos pinos.... ¿Qué ruinas son aquellas, allá arriba?.... ¿Y ese bosquecillo abajo?.... ¿Y aquel sendero de la derecha?.... ¿Y aquel desfiladero de la izquierda entre las rocas? ¡Ah!.... nunca vi país semejante, ni para el pasto, ni para los árboles frutales, ni para el aprovechamiento de las aguas. Es una tierra grasa, siempre verde. ¿Es un campanario lo que se descubre desde el bosquecillo?.... ¿Cómo se llama aquella pintoresca aldea?

Contento yo al oír á aquel hombre extasiarse con-

templando nuestro valle, respondí á sus preguntas sin omitir pormenores.

Baure, Durr y Vignercelle hablaban entre ellos, mientras fumaban, y luego fueron á la cocina á ver si la tortilla estaría pronto hecha, sin preocuparse de otra cosa; pero cerca del reloj estaba el capitán Rondeau, que habia vuelto hacia pocos meses al país, ya retirado; era un hombre alto, seco, con las mejillas hundidas, la levita abrochada hasta la barba, y delicado de salud, á causa de las heridas que recibiera en África, en Crimea y en Italia. Este veterano bebía una taza de leche, escuchándolo todo y sin decir palabra; y cuando los bávaros, despues de vaciar sus vasos, echaron á andar, mientras yo les acompañaba hasta la puerta para enseñarles el sendero que conducía

ce á Biegelberg, y el grandullon de las patillas rojas me mostraba, riéndose, sus grandes y agudos dientes con aire jovial, y, finalmente, me daba un apretón de manos, diciendo en muy buen francés, gracias, el capitán Rondeau, apoyado en su baston, se acercó á la puerta y los miraba alejarse con ojos brillantes y apretando los labios.

— ¿Qué gente es ésa, tío Federico? — me preguntó. — ¿Los conocéis?

— No, capitán — le respondí; — son leñadores alemanes, pero sé que van hacia Tours á trabajar en la corta de maderas de algunos empresarios del país.

— ¿Y por qué esos empresarios no dan trabajo á los leñadores franceses?

— Porque éstos alemanes trabajan por la mitad del jornal.

El capitán frunció el entrecejo, y me dijo con viveza:

— Son espías que vienen del llano á vigilar en la montaña.

— ¿Espías! — le respondí admirado. — ¿Y qué tienen que espiar aquí?

— Son espías prusianos — dijo el capitán secamente — y vienen á reconocer nuestras posiciones.

Yo casi creí que se burlaba, y le dije:

— Pero, capitán, si todos los planos están impresos y pueden comprarse en las librerías.

Miróme el capitán de rejejo, y exclamó:

— ¡Los planos, eh!.... ¡Los planos! ¿Acaso esos planos dicen cuánto trigo, cuánta paja, cuánto trigo, avena, vino, vacas, caballos y carruajes pueden ser requisados en cada aldea por un ejército en marcha?.... ¿Acaso esos planos dicen dónde vive el alcalde, el cura, el maestro de postas, el administrador de contribuciones y otros funcionarios públicos, para echarlos de la mano de un momento á otro? Y por último, ¿pensáis averiguar en esos planos dónde se encuentran las cuádras, ni mil cosas útiles si de antemano se conocen?.... ¡Planos!.... En ellos no aprenderéis la profundidad de las aguas corrientes, ni dónde están los vados, ni los guías que deben tomar, ni las personas que convendría á un ejército invasor prender para impedirles que subleven los pueblos.

Yo estaba con los brazos caídos y la boca abierta, oyendo aquellas cosas, en las que nunca había pensado, y el tío Baure exclamó desde la sala:

— Pero capitán, ¿á quién puede ocurrírsele venir á atacarnos? ¿Acaso surgen los alemanes? ¡Ah, ah! ¿Qué vengan.... que vengan.... ya los recibiremos bien!.... ¡Pobres diablos!.... no quisiera yo estar en su pellejo si asoman por aquí.... ¡ni uno solo saldría de la montaña!

Los otros reían á carcajada tendida, y repetían:

— Sí, sí, sí.... que vengan, y verán cómo los recibimos.

El capitán entonces entró, y mirando al gordo Fischer, que reía más estrepitosamente que ninguno, le dijo:

— ¿Vosotros los recibiréis?.... ¿Con que?.... ¿Sabéis lo que estáis diciendo? ¿Dónde están nuestros ejércitos, nuestras provisiones, nuestras armas? ¿Dón-

de, dónde?.... yo os lo preguntó. ¿Y sabéis cuántos son esos alemanes?.... ¿Sabéis que su ejército se compone de un millón de hombres aguerridos, disciplinados, organizados para entrar en campaña en quince días, provistos de toda clase de pertrechos?.... ¿Sabéis todo esto?.... ¡Vosotros los recibiréis!....

— Sí — respondió el tío Baure; — Phalasbourg, Combitch, Lichtenberg y Seldestad los detendrán durante veinte años.

El capitán Rondeau no se tomó la pena de responder, y señalando por la ventana á los leñadores alemanes, que se alejaban, me dijo:

— Mirad, tío Federico, mirad.... francamente, ¿os parecen leñadores?.... ¿habéis visto alguna vez á nuestros leñadores marchar en filas, marcando el paso, derechos y con la cabeza levantada? Nuestros leñadores tienen la espalda encorvada y el andar pesado por la costumbre de la carga, y esa gente ni siquiera son montañeses, proceden de los llanos; son espías, sí, espías, y voy á denunciarlos para que los prendan.

En diciendo esto echó sobre la mesa algunos céntimos para pagar la leche que había tomado, y salió bruscamente; pero apenas desapareció, cuantos le habían oído soltaron la carcajada. Yo les hice señas para que se callaran; porque el capitán aún podía oírlos, y ellos se apretaban la barriga para sofocar la risa diciendo:

— ¡Qué farsa!.... ¡Yaya una farsa!.... ¡Los alemanes venir á atacarnos!

El tío Baure, secándose los ojos con el pañuelo, decía:

— Es un hombre valiente el capitán, pero ¿qué queréis? recibió un golpe en Malakoff, y desde entonces el reloj anda descompuesto y señala las diez á las once.

Los otros volvieron á reírse como locos, y como la risa es contagiosa también me reí, querido Jorge, pensando que el capitán no tenía sentido común.

Recuerdo esta escena como si hubiera pasado ayer. Dos ó tres días después supe que el capitán había hecho detener á los leñadores en la estación de Lutzelbourg; pero que sus pasaportes estaban en regla, y que los habían dejado internarse en la Lorena, á pesar de todas las reclamaciones y observaciones de M. Rondeau, con lo cual acabé de creer que éste había perdido el seso.

Cada vez que Baure venía á casa, sacaba á relucir la farsa de los espías alemanes y me ponía de buen humor; pero ¡ay! la risa concluyó, y estoy seguro de que los de Phalasbourg, que tanto se reían no se fricaban ya las manos de gusto, cuando el sargento instructor, blandiendo la vara, grita á los quintos en la plaza de armas:

— ¡Media vuelta á la derecha!.... ¡Media vuelta á la izquierda!

Seguro estoy de que ahora recordan más de una vez las advertencias del capitán Rondeau.

CAPÍTULO V.

Lo que acabas de oír pasaba al terminar el otoño de 1869; el valle se cubría ya de espesa niebla y con el invierno no tardó en llegar la nieve que revo-

loteaba delante de los vidrios de nuestras ventanas; el fuego chisporroteaba en la chimenea, y el toro de María Rosa daba vueltas todo el día, llovándole el compás del sonido monótono de la péndola del viejo reloj.

Yo iba y venía fumando mi pipa y soñando en mi retiro; pero María Rosa sin duda pensaba en otra cosa, y Juan Merlin me hablaba algunas veces de casarse sin esperar que le dieran mi empleo. Esto me fastidiaba, porque yo nunca tuve más que una palabra. Habíamos convenido en que se casarían el día de su nombramiento, y no veía por qué desluciaríanlo el pacto.

Los jóvenes tenían prisa y el abarrecimiento de la estación, que les impedía salir al campo, y la impaciencia propia de la juventud, aguijonaban su deseo. Dos meses hacía ya que Barre, Vignerolle, Durr y los otros no iban á verme. Los árboles se doblaban bajo la escarcha, y sólo de tarde en tarde atravesaba alguno el valle sombrío. Ya había olvidado la aventura de los espías y del capitán, cuando una ocurrencia extraordinaria me probó claramente que el vicio militar no se equivoca al desconfiar de los leñadores, y que no eran ellos solos, sino que personas de alto rango, en las que reposaba nuestra confianza, habían cometido otro tanto.

Aquel año talaron la comarca muchos jabalíes que se atrevían á bajar todas las noches á los sembrados que rodean las aldeas y las casas de campo.

Los labradores se quejaban á grito herido, hasta que al fin se supo que el baron Pichard había llegado para organizar una batida general. Yo recibí la orden de incorporarme á la montería en Rothfals con los mejores tiradores de mi brigada, y cuantos ojeadores pudiera reunir.

Estábamos en Diciembre y llevé conmigo á Merlin, Kerú, Donadieu, Trompeta y quince ó veinte más, y por la noche nos reunimos en lo alto de la montaña con los invitados del señor Barón, que se habían instalado en la barraca: unos se habían echado sobre los sacos de paja; otros comían, bebían y bromean como se acostumbra en tales casos. Más tú conoces esas cosas, Jorge; ¿recuerdas la barraca de Rothfals, los gritos de los ojeadores, los ladridos de los perros, y el peligro de los invitados que firan sin ton ni son, creyendo siempre que ellos han matado la mejor pieza? Para ellos, nosotros, los guardas, siempre errábamos el tiro.... Ya tú sabes esto; siempre se repite la misma historia.

Lo que sí quiero que sepas es que después de la caza, en la que se mataron algunos grandes jabalíes y otros pequeñuelos, tuvimos un banquete extraordinario en la casilla, adonde los carruajes del señor Barón habían llevado cuanto hacía falta; vino Kirsh, pan blanco, pasteles, azúcar, café y coñac, y lo que era natural, á media noche, después de correr todo el día por la nieve y de haber bebido, comido, gritado y cantado, la reunión era tumultuosa.

Los guardas estábamos en la cocina y nada nos había faltado. La puerta que daba á la sala estaba abierta para renovar el aire, y oíamos todo lo que decían los señores, que además gritaban como si hablasen á sordos.

Había llamado mi atención un moceton seco, de nariz aguileña, de ojos negros, de fino bigote, que llevaba su cazadora muy ceñida y sus nerviosas piernas casi cubiertas por altos botines de cuero, al cual había visto manejar su escopeta con singular destreza, y había dicho para mis adentros:

« Federico, éste no está acostumbrado á permanecer sentado ante un escritorio y á calentarse las pantorrillas en el calorífero; eso no puede menos de ser militar y de alta graduación.»

Durante la mañana estuvo á mi lado; disparó diez tiros y no erró ninguno, lo que me hizo tenerlo por un verdadero cazador, y en efecto, lo era.

También sabía beber, porque á media noche las tres cuartas partes de los cazadores dormían la mona por los rincones, y sólo él con el baron Pichard, M. Tubingue, el más gordo y uno de los más ricos propietarios de viña de la Alsacia; M. Juan, Claudio Ruppert, el notario, que es capaz de beber dos días seguidos sin cambiar de color, y M. Monchón, el comerciante de madera, que tiene por costumbre emborrachar á todos los que tienen negocios con él.

Mémos éstos, repito, todos los otros se habían dado por vencidos, y roncaban sobre los sacos de paja.

Establóse entonces una gran conversacion, y el Barón sostenía que los espías alemanes inundaban la Alsacia, introduciéndose en todas partes; unos como criados, otros como agentes comerciales ó buhoneros; que levantaban planos de los caminos, de los senderos y de los bosques, que penetraban en nuestros parques militares y que daban parte de todo regularmente al gobierno de su país; que lo mismo habían hecho antes de comenzar la guerra con Dinamarca primero, y con Austria después, y que la prudencia aconsejaba desconfiar de ellos.

El notario y M. Monchón le apoyaban diciendo que nuestro gobierno debía tomar medidas graves para impedir el espionaje.

Naturalmente, nosotros oíamos todo esto con mucha atención; pero el oficial á que antes me refería, se echó á reír, que él estaba todo más dispuesto á creer lo que decía el señor Barón, cuanto que nosotros hacíamos lo mismo en Alemania, donde el Gobierno había mandado oficiales de ingenieros á todas las plazas fuertes, y oficiales de Estado Mayor á recorrer caminos y veredas á través de valles y montañas.

Al oír esto M. Tubingue, dijo que no era posible, porque los oficiales franceses no debían encontrar honroso el papel de espías....

— ¿Cómo es eso? ¿Qué atrasado estáis! — dijo el oficial riéndose con más fuerza. — Dígame, querido señor, ¿qué es la guerra en estos tiempos? Un arte, un juego, una partida abierta. Los contrincantes se miran y procuran adivinar las cartas de los contrarios.... Mirad, yo, si; yo mismo que os hablo he recorrido todo el Palatinado, disfrazado de comisionista, vendiendo vino de Burdeos á los buenos alemanes.

(Se continuará.)

LA CIENCIA ECONÓMICA.

Yo he sido librecambista; esto es, cambiaba moneda de plata por cobre al aire libre, en la plazuela de San Ildefonso. Pero una mañana se arrió una sarcina tremenda entre varias vendedoras, algunas maritornes y tras á cuatro asistentes que se regalaban á costa de éstas, ó, por mejor decir, de sus aijos, y me quebraron la mesilla que me servía para mi industria, y me hicieron declararme en quiebra. Yo había cuidado de recoger los duros cuando vi que el asunto iba camino de los arañazos y los mordiscos; pero no parecieron, luego de restablecida la calma, las pesetas ni los pevos de distintos tamaños.

Entonces abandoné el libre cambio y me dediqué á la protección; es decir, protejo á las vendedoras, especialmente verduleras, á las que suministro algun dinero, sin exigirles por este favor más que un realito á la semana por cada duro. Estoy, pues, interesado en las bezas nacionales y soy un furibundo *proteccionista*.

Con estas cosas y otras que no cuento, mi competencia en negocios de Hacienda es extraordinaria, y raro será que yo no me vea un día ministro del ramo. De ménos nos hizo Dios, y de ménos se hacen los ministros.

Donde no hay harina todo es molina. Esta es una verdad que no necesita de confirmacion, y la mayor parte de los disgustos públicos y privados no reconocen otra causa que la carencia ó escasez de este artículo de primera necesidad.

Una persona bien alimentada es amable, pacífica, y no gusta de trastornos generales ni de zarzandos domésticos. Lo contrario ocurre al que come poco y tiene disposiciones para comer mucho. Precisa, por ende, que se coloquen en el primer caso el mayor número posible de hombres, para lo cual es indispensable que conozcan la ciencia económica; por que no hay duda de que el más sabio es quien más gana, y mil ejemplos lo prueban todos los días en esta tierra de toreros y garbanzos.

Á este fin doy algunas definiciones de aquella ciencia, que si las aprenden bien mis compatriotas y sujetan su conducta á lo que indican, en poco tiempo desaparecerá de nuestro diccionario el artículo *pobreza*, por no haber un español á quien poderlo aplicar. Hélas aquí:

Economía. El arte de vivir bien gastando poco ó nada. Conozco algunos apreciables individuos que *nunca comen en casa*. Éstos son excelentes economistas.

Riqueza. La abundancia exagerada de todo. El que desea obtenerla debe empezar por perder la vergüenza (si no la ha perdido antes).

Valor. La medida de lo que cada uno posee. Por eso se dice tanto vales cuanto tienes.

Trabajo. Lo que más incomoda y ménos produce.

Propiedad. El afán eterno de los que nada tienen. Lo primero que se procura adquirir para guardar las apariencias de hombre honrado.

Comercio. Comprar una cosa en seis y venderla en sesenta. Para el mejor resultado debe relegarse al olvido la buena fe.

Aduanas. La tentación perenne al contrabando.

Moneda. La salud, el amor, los honores, la felicidad. Quien no la tenga debe procurársela sin reparar en los medios; que todos son legítimos cuando el éxito corona nuestros esfuerzos, según se ve todos los días.

Extracción de monedas. Algo más doloroso que la extracción de nueclas.

Cambio. Un oficio que tiene muchas quiebras, sin contar la de la mesilla. Para que fuera un verdadero negocio sería necesario que se dedicaran á él, que no se dedican, banqueros ó sociedades muy fuertes, verbigracia, el Banco de España.

Crédito. La facultad extraordinaria que se concede á algunos para dar *sablazos* de todas formas y tamaños, sin que nadie tenga derecho á quejarse.

Cajas de ahorro. Muy buenas, cuando no son de despilfarro.

Montes más ó ménos pialosos. Instituciones benéficas que rinden muchas utilidades. Hasta ahora los que se han explotado con más fortuna son los de Toledo.

Salario. El encubridor de la sima.

Interes. El móvil de todas las acciones humanas. Para obtener uno siquiera mediano, debe darse el dinero con muchas seguridades y á real por duro á la semana. También se puede prestar al mismo tanto al mes, si hay buenas hipotecas; pero así apenas produce, es regularlo.

Usura. Una palabra que mete mucho ruido y no significa nada. Ha sido inventada por los malos deudores á fin de tener un pretexto para no pagar.

Todo lo que antecede y algunas otras líneas ininteligibles contenía un papel que hace pocas noches vi en medio de la calle, arrollado como un cartucho de dinero. Cogílo con ansia, y al notar su peso creí hecha mi fortuna; pero sólo contenía treinta *perros grandes* falsos; esto es, un *timo* frustrado.

ANTONIO SALAZAR.

¡ADIOS PARA SIEMPRE!

(CUADRO DE D. VÍCTOR MANZANO.)

Este cuadro, de asunto sencillo, y sin pretensiones, ha llamado con justicia la atención del público, por lo elegante de la figura principal y por lo bien dibujada que está, siendo considerado el citado lienzo, cuya reproducción hoy publicamos, como el mejor que ha salido del hábil pincel del Sr. Manzano.



¡ADIÓS PARA SIEMPRE!

(CUADRO DE DON VÍCTOR MANZANO.)

LA FIESTA DE LOS CIEGOS.

La fiesta de que vamos á ocuparnos ligeramente, se celebra en las provincias Vascongadas durante la época de la recolección.

Los principales autores de ella, que son los ciegos, acompañados, como es de suponer, de multitud de infelices que viven de la caridad pública, recorren las diferentes localidades de aquellas provincias, permaneciendo veinticuatro horas en cada una.

Desde el amanecer principian á llegar en pintorescos grupos, compuestos algunos de una familia entera, y se derraman por los valles.

La citada fiesta es sólo un motivo para excitar la caridad pública, que si aun en años malos da signos de que existe arraigada en aquel suelo, en años buenos provee con abundancia á los que á ella acuden.

El precioso dibujo que hoy publicamos da cabal idea de uno de los grupos que recorren las poblaciones vascas entonando sus originales canciones de puerta en puerta.

CARTA DE MIGUEL DE CERVANTES

ESCRITA DESDE SU CAUTIVEDAD EN ARGEL.

*De Miguel de Cervantes cautivo: á M. Vasquez,
mi señor.*

«Conclusion.»

Diez años ha que tenido y mudo el passo en servicio del gran Philippo unisto ya con descanso, ya cansado y lasso.

Y en el dichoso dia que siniestro tanto fue el hado á la enemiga armada quanto á la nuestra favorable y diestro,

De temor y de esfuerzo acompañada, presente estuvo mi persona al hecho, más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadron roto y deshecho de barbara gente y de Christina, roxo en mill partes de Neptuno el lecho.

La muerte ayrada con su furia insana, aquí y allí con priessa descubriendo, mostrandose á quien tarda, á quien temprana.

El son confuso, el espantable estruendo, los gestos de los tristes miserables que entre el fuego y el agua yvan muriendo.

Los profundos sospiros lamentables que los heridos pechos despedian, maldiziendo sus hados debostables.

Eloceles la sangre que tenían quando en el son de la trompeta nuestra su daño y nuestra gloria conocian.

Con alta voz de vencedora nuestra rompiendo el ayre claro el son mostraba ser vencedora la Christiana diestra.

A esta dulce sazón yo triste estava con la una mano de la espada assida

y sangre de la otra derramava.

El pecho mio de profunda herida sentia llagado, y la siniestra mano estava por mil partes ya rompida.

Pero el contento fue tan soberano, que á mi alma llegó viendo vencido el crudo pueblo infiel por el Christiano,

Que no echava de ver si estava herido, aunque era tan mortal mi sentimiento que á veces me quitó todo el sentido.

Y en mi propia cabeza el escarmiento no me pudo estorvar que el segundo año no me pudiese á discrecion del viento.

Y al barbara medroso pueblo extraño vi recogido triste, amedrantado, y con causa temiendo de su daño.

Y al Reino tan antiguo y celebrado á do la hermosa Dido fue rendida al querer del Troyano desterrado.

Tambien vertiendo sangre aun la herida mayor, con otras dos, quise hallarme por ver ir la morisma de vencida.

Dios sabe si quisiera allí quedarme con los que allí quedaron esforzados, y perderme con ellos, ó ganarme.

Pero mis cortos implacables hados en tan honrosa empresa no quisieron que acabasse la vida y los cuydados.

Y al fin por los cabellos me truxeron á ser vencido por la valentia de aquellos que despues no la tuvieron.

En la galera *Sol*, que oscurascia mi ventura su luz á pesar mio, fue la perdida de otros y la mia.

Valor mostramos al principio y brio, pero despues con la experiencia amarga conocimos ser todo desvario.

Senti de ajeno yugo la gran carga, y en las manos sacrilegas malditas dos años há que mi dolor se alarga.

Bien sé que mis maldades infinitas y la poca attricion que en mí se encierra me tiene entre estos falsos Ismaelitas,

Quando llegué vencido y vi la tierra tan nombrada en el mundo que en su seno tantos piratas cubre, acoge y cierra,

No pude al llanto detener el freno que á mí despecho, sin saber lo que era, me vi el marchito rostro de agua lleno.

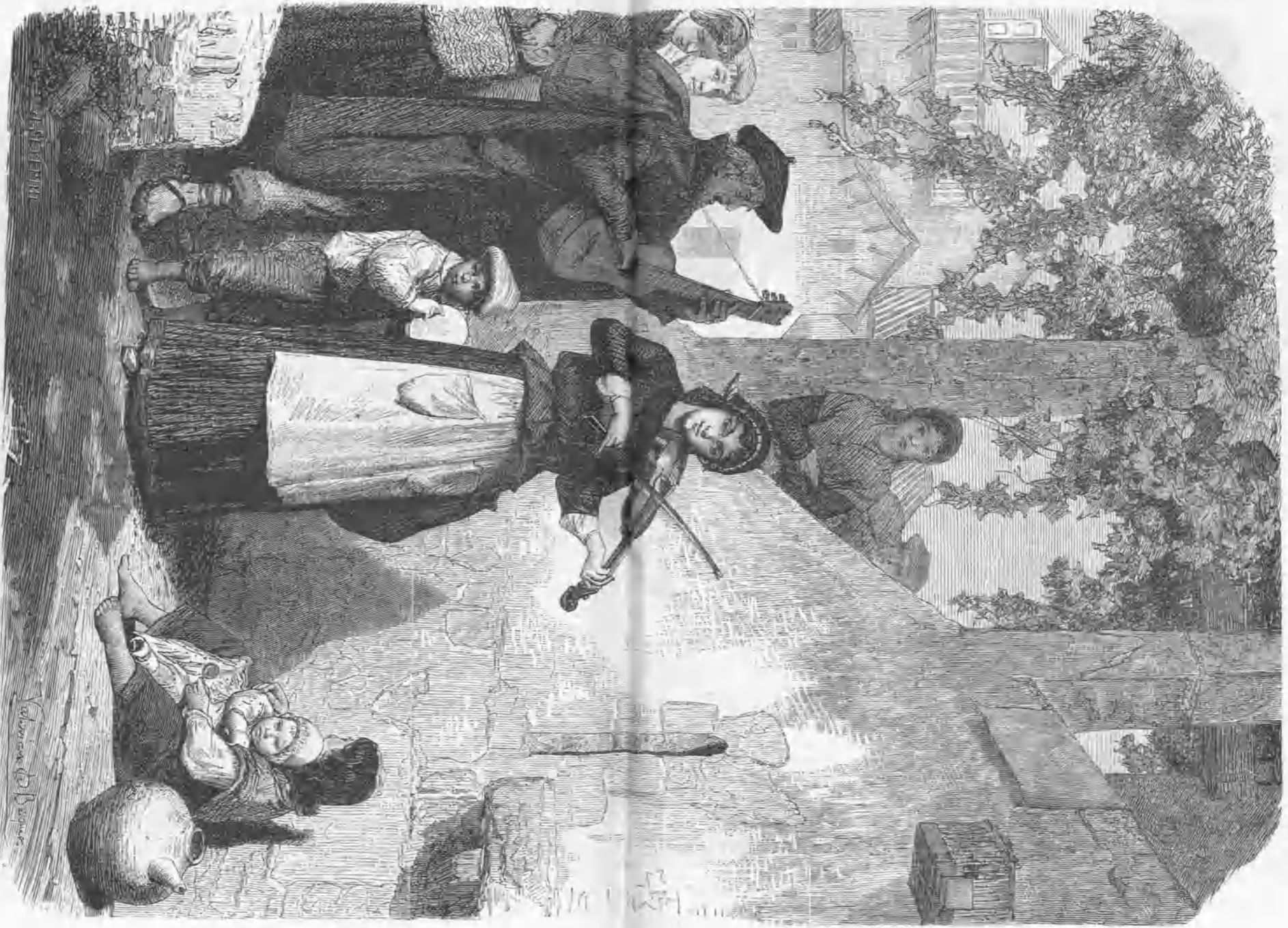
Offrescióse á mis ojos la ribera y el monte donde el grande Carlos tuvo levantada en el ayre su vandera.

Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo, pues movido de envidia de su gloria ayrado entonces mas que nunca estuvo.

Estas cosas bolviendo en mi memoria las lágrimas truxeron á los ojos movidas de desgracia tan notoria,

Pero si el alto Cielo en darme enojos no está con mi ventura conjurado y aquí no lleva muerte mis despojos,

Quando me vea en mas alegre estado



FIESTA DE LOS CIEGOS EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

si vuestra intercession, Señor, me ayuda
á verme ante Philippo arrodillado,

Mi lengua balbuziente y quasi muda
pienso mover en la Real presencia,
de adulacion y de mentir desnuda,

Diziendo: alto Señor, cuya potencia
sujetas trae mill bárbaras Naciones
al desabrido yugo de obediencia;

A quien los negros Indios con sus dones
reconocen honesto vasallaje
trayendo el oro acá de sus rincones.

Despierta en tu Real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una vieoca
aspira de continuo á hazerte ultraje.

La gente es mucha, más su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte muro, ó roca.

Cada uno mira si tu armada viene
para dar á sus piés el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene

De la amarga prision triste y oscura
á donde mueren veinte mill Christianos
tienes la llave de su cerradura.

Todos (qual yo) de allá puestas las manos,
las rodillas por tierra sollozando
cercados de tormentos inhumanos.

Valeroso Señor, te están rogando
Inelvas los ojos de misericordia
á los tuyos que están sienpre llorando.

Y pues te desea agora la discordia
que hasta aquí te ha opprimido y fatigado
y gozas de pacífica concordia,

Haz á buen Rey que sea por tí acabado
lo que tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado.

Solo el pensar que vas, pondrá un espanto
en la enemiga gente que adivino
ya desde aquí su perdida y quebranto.

Quien duda que el Real pecho benigno
no se muestre escuchando la tristeza
en que están estos miseros continuo?

Bien parece que muestra la flaqueza
de mi tan torpe ingenio, que pretende
hablar tan baxo ante tan alta Alteza,

Pero el justo desseo la defiende;
mas á todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os offenda
y al trabajo que llaman danda mereo.

LETRILLA.

EL SOMBRERO.

Ante muchos infelices
Que, de favor siempre escasos,
Son tal vez soldados rasos
Y llevan con cicatriceá
Un hecho glorioso escrito,
Me lo quito,

Ante los que en antesalas
Diez ascensos consiguieron,
Y que rara vez oyeron
El zumbido de las balas,
Con fundamento spongo
Me lo pongo.

Ante el sabio, á quien no premia
España nunca, y que lidia
Contra la intriga y la envidia,
Sin títulos de Academia
Ni un diploma de erudito,
Me lo quito.

Ante el sabio de pandilla,
Sabio declarado tal
Por Real orden, aunque mal
Deletrea la cartilla,
É ignore lo que es diptongo,
Me lo pongo.

Ante el vate á quien inspira
Sus himnos la humanidad,
Y contra la libertad
Ni cuerdas tiene su lira
Ni tiene su pecho un grito,
Me lo quito.

Ante el poeta que el crímen
Victorioso adula, y canta
Al poder que se levanta
Sobre los pueblos que gimen
Esclavos como en el Congo,
Me lo pongo.

Me lo quito ante el saber
Cuando combate el error;
Siempre, siempre ante el valor,
Cuando lleva á cometer
Un buen acto, no un delito,
Me lo quito.

Me lo pongo ante el talento
Que se emplea con un mal fin;
Y ante todo espadachin,
Cuya espada es su argumento,
Mi sombrero, aunque es un bongo,
Me lo pongo.

NICASIO GUERRERO.

DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

Hijo de D. Francisco Argote y de doña Leonor de Góngora, invirtió el orden de sus apellidos, tomando el de su madre por primero.
Nació en Córdoba el 11 de Julio de 1661.

El padre de D. Luis, que era un distinguido jurisconsulto, deseando que su hijo abrazase la misma profesion, le envió á estudiar á la Universidad de

Salamanca; pero la afición del estudiante á la poesía, y sus felices disposiciones para cultivarla, le hicieron abandonar el estudio á que su padre le destinaba.

De veintitres años era ya conocido Góngora como poeta de mérito, sin que por eso dejase de ser deplorable el estado de su fortuna. En el mismo estado pasó despues más de veinte años, abrazando por último el estado eclesiástico, á fin de tener alguna esperanza que le tranquilizase sobre su futura suerte.

Trasladóse despues á Valladolid, donde residia la

córte, y contribuyó con varias de sus poesías á la coleccion que en 1605 publicó Pedro Espinosa con el nombre de *Flores de poetas ilustres*.

Despues de once años de pretender y trabajar, sólo pudo conseguir aumentar su reputacion de poeta. Llegó un dia en que parecia iba á cambiar la suerte de Góngora, pues llegó á tener el favor del Conde-Duque de Oliváres; pero una enfermedad cerebral que le privó de la memoria, le privó tambien de los favores de aquel poderoso, y ya inútil para la córte, se volvió á su patria, donde murió el 23 de Mayo de 1627, á los sesenta y seis años de edad.



DON LUIS DE GONGORA.

Fué sepultado en la catedral, en la capilla de San Bartolomé, patronato de la casa de Góngora.

Fué Góngora dado á la sátira, resaltando en ésta más lo agresivo que lo chistoso. Tuvo por enemigo á D. Francisco de Quevedo, cuyos escritos y acciones solia criticar con punzantes epigramas.

Tambien asestó Góngora sus armas contra Lope de Vega.

Se ha culpado á Góngora de haber fundado la secta de los culteranos, pero esta inculpacion carece de fundamento.

El mal gusto de Góngora fué una enfermedad que en su tiempo se notaba en algunos escritores.

La celebridad de un poeta no se funda en todo lo que ha escrito, sino en lo bueno que ha escrito. Des-

cartando, pues, todas las poesías en que Góngora pagó tributo al mal gusto de su siglo, quedan todavia suficientes para que le demos en nuestro Parnaso un lugar distinguido.

LAS CACERÍAS EN EL ÁFRICA ECUATORIAL.

EL ELEFANTE.

(Continuacion.)

II.

Chailu regresó á la aldea muy fatigado, y como en aquella parte del África se carece de animales de

carga, pues no se conocen el caballo, la yegua, el mulo ni el asno, y el elefante se halla en completo estado de independencia, merced á la falta de habilidad de los habitantes, preciso le era resignarse y someterse á la idea de que el día siguiente le esperaba mayor cansancio.

Es verdad que para los cazadores, llegado el momento de emprender la cacería, desaparece todo cansancio físico y moral, á impulsos de la afición y por efecto de la excitación nerviosa que les produce la perspectiva de la lucha.

Pero Chaillu, á guisa de hombre observador, había notado que desde la aldea hasta al punto de reunión, que era donde debía empezar la batida, mediaba una distancia de seis millas, y por lo tanto, imaginó la manera de evitarse el trabajo de hacer á pié aquel trayecto.

Lo más sencillo se reducía á haber mandado levantar una tienda y permanecer aquella noche en el sitio designado; pero, además de que esto podría haber ahuyentado á los elefantes de aquellos alrededores, la verdad es que no se le ocurrió semejante cosa hasta que hubo regresado á la aldea.

Había notado que al salir de ella siguieron la orilla del río que pasa al pié de la colina, en cuya falda se levantan las cabañas de los negros; río poco caudaloso, de escasa corriente, de aguas limpias y murmuradoras; pero á la media hora torcieron á la izquierda, penetrando en el bosque, interín que el río se inclinaba á la derecha.

Cerca del sitio á donde los negros levantaron la primera cortina de enredaderas había visto otro río, que por su aspecto tenía cierta semejanza con el que pasaba por delante de la aldea.

Chaillu llamó á Mbuma y supo con alegría que ambos ríos eran uno solo; faltaba saber si podrían hacerse con una canoa.

No sólo era esto fácil, sino que Mbuma, reputado por el mejor constructor de piraguas de toda la comarca, creyó que, tratándose de complacer á un hombre blanco, debía dar una prueba de que la fama de que gozaba no había sido mal adquirida.

Así, pues, cuando Chaillu le hubo manifestado su deseo de evitarse una caminata de seis millas de ida y otras tantas de regreso, lo tranquilizó asegurándole que quedaría servido.

Chaillu, contento con esta noticia, se acostó y durmió toda la noche.

Rayaba apenas el día cuando le despertó una gritería infernal. Inmediatamente saltó de la cama, tomó un revólver y salió de su cabaña. Grande fué su sorpresa al verse rodeado por un grupo inmenso de negros armados de hachas, lanzas á jabalinas y fusiles; bien que éstos en muy corto número, de chipa y en malísimo estado.

Chaillu preguntó á Ogotá el motivo de aquella especie de motín, y el negro, entre risueño y avergonzado, le contestó que él y cuatro ó cinco de sus compañeros iban á buscarle, sin más objeto que el de pedirle municiones para la cacería que iban á empezar; pero que el resto de la asamblea, siguiendo la costumbre, acudían á reclamar un trago de ron.

Los negros son feróticamente apasionados á las bebidas fuertes, y los europeos que hacen el comercio con aquellas costas se proveen grandemente de una especie de veneno que dan á los pobres negros por aguardiente de caña.

Recuerden nuestros lectores qué mixtificaciones qué aguachirlas nos sirven en los cafés por ron á nosotros, hombres civilizados, que sabemos lo que es realmente ron, que tenemos autoridades encargadas de impedir que se engañe á ese gran consumidor llamado público, y calculatin quizá lo que puede ser el ron que los mercaderes de carne humana llevan al África con el pomposo nombre de aguardiente de caña.

Chaillu cedió, muy á pesar suyo, al deseo general; dióles un barrilito de excelente ron, encargándoles que lo mezclasen con agua, aunque sabía que la recomendación era inútil, y poco después pusieronse todos en marcha.

La casi totalidad de los cazadores se dirigió al bosque; Ogotá, Mbuma y Aboko bajaron con Chaillu la pendiente que desde la aldea conduce al río, y llegados á la orilla encontraron una magnífica canoa, obra maestra de Mbuma.

Como todas las que usan los negros para la navegación fluvial, estaba construida de una sola pieza, ó sea de un tronco de árbol.

Parecía una culebra gigantesca dormida sobre la apacible superficie de las azuladas aguas.

Aquella canoa, manejada por cuatro robustos remeros, tenía 60 piés de largo, 3 $\frac{1}{2}$ de ancho y 3 de puntal; siendo tan ligera, que cuatro negros bastaban para sacarla á tierra y conducirla en hombros de un lado para otro.

Cuando todos los remeros y cazadores se hubieron instalado, aquellos empezaron á trabajar esforzadamente, y la ligera embarcación surcó las aguas con la velocidad de una flecha, con una rapidez verdaderamente prodigiosa.

Mbuma, Aboko y Ogotá colocaron sus viejos fusiles ingleses en el fondo de la canoa; Chaillu, que iba sentado en la popa, conservó sobre las rodillas su excelente rifle.

Hacia un tiempo delicioso: aquel cielo que algunas horas despues debía lanzar sobre la tierra africana una lluvia de fuego que convierte al aire en abrasado aliento de un horno, se ostentaba de un admirable color azul, límpido y trasparente.

Débiles sonas de luz se dibujaban en el horizonte por la parte de Oriente; soplaban una brisa fresca y perfumada con olores penetrantes perfumes llenos de fuerza y de energía, como la poderosa vegetación que los produce.

Las flores, ahuyentadas por la proximidad del día, ese enemigo de todas las crímenes misteriosos, no dejaban oír sus lúgubres aullidos; en cambio oía Chaillu el admirable concierto matutino de millares de pájaros de otras tantas especies, que revoloteaban de rama en rama ó corrían á lo largo de las orillas del río; interín no los asustaba y ponía en fuga con sus penetrantes chillidos y sus tremendos saltos algún descarado mono.

Una hora despues llegaban al punto designado para reunirse, y en efecto, al poco tiempo empezaron á llegar los negros.

Ya creemos haber dicho que eran en número de quinientos. Una docena de ellos iban provistos de fusiles, algunos de temibles y cortantes hachas, en cuyo manejo son habilísimos, y la mayoría llevaban tres ó cuatro javalinas ó lanzas cortas, de larga y afilada punta de hierro, que deben ser terribles aun para los elefantes, á pesar de su durísima piel.

Ogutá, Abokó y Mbuna dispusieron que los cazadores fuesen á ocupar sus puestos para empezar la batalla. Esta operacion se reduce á un simple ojeo, con la diferencia de que nunca va un hombre solo, sino en grupos de tres ó cuatro, mediando de uno á otro grupo una distancia de quince ó veinte pasos, segun lo permiten los accidentes del terreno.

El ala, que formaba un semicírculo, debía abarcar una extension de más de media legua.

Los elefantes que encontrasen y huyesen delante de los cazadores, habian de seguir forzosamente la linea que conducia á las murallas de enredaderas levantadas el día anterior.

Los pocos fusiles disponibles fueron distribuidos convenientemente en toda la linea.

En el centro de ésta marchaban Chaillu, Ogutá, Abokó, Mbuna y algunos negros armados de javalinas y de hachas.

Media hora despues, cuando se calculó que estaba formada la linea, empezó el ojeo, y todo el mundo marchó adelante, sin lentitud, pero sin precipitarse.

Las voces y los gritos de los negros formaban una algarabía infernal, al través de la cual se oian frecuentemente el batido del toro salvaje, el grito de los monos y el rugido del gorilla.

De cuando en cuando se proyectaba en el suelo una forma gigantesca, y Chaillu oia sobre su cabeza un ruido semejante al que produce un vendaval en las copas de los árboles.

Era alguna águila ó algun buitre que se alejaba velozmente de aquel sitio.

Hacia tres cuartos de hora que empezára la batalla, cuando Chaillu creyó oir un ruido sordo, lejano, semejante al de la tormenta combinado con un temblor de tierra; pero en aquel momento aumentó la gritería de los ojeadores, y no pensó más en aquel extraño ruido.

Poco despues cesó del todo el vocear de los negros, y Chaillu aprovechó aquel momento de silencio para salir de dudas.

Ogutá, sonriendo, le dijo que aquel ruido sordo era producido por la carrera de uno ó de varios elefantes.

— ¡Pues apretemos el paso! — exclamó.

— No conviene.

— ¿Y por qué han callado los ojeadores?

— Por la misma razon.

Abokó, más jóven, más explícito y más impetuoso, tomó la palabra.

— Al empezar el ojeo — dijo — conviene hacer mucho ruido para levantar la caza. La salida de ésta es siempre á la carrera.

— ¿Y bien?... Corramos.

— ¡No! Es preciso ir despacio y silenciosamente, para dar lugar á que la caza ya levantada se tranquilice y vaya al paso.

— ¿Y por qué es eso?

— Porque de otro modo no llegaríamos ni aun á ver á los elefantes.

— ¿Tanta es su velocidad?

— Tanta — dijo Ogutá — que nadie la comprende hasta que ha tenido que huir perseguido por uno de ellos.

FELIX CARRASCO DE MOLINA.

(Se continuará.)

EL BRILLANTE Y EL GUSANO DE LUZ.

FÁBULA LITERARIA.

Cruzando una selva umbría
Por la noche un caminante,
Perdió el hermoso brillante
Que su sortija tenía.

Y cuentan que entre el tomillo
Hirió á la piedra preciosa
La luz tenue y vagarosa
De un humilde gusanillo.

— ¡Aparta, vil animal!
(Dijo el brillante orgulloso)
Y no empañes el hermoso
Resplandor de mi cristal.

¡Cuán opuesto es nuestro sino!
Yo brillo como una estrella
En el seno de una bella,
Tú en el lodo del camino.

— Observe su señoría
(Le contestó el gusanillo)
Que esa luz... es un reflejo
Tan sólo de la luz mía.

Dijo el gusano: verdad,
Que ausentándose ligero,
Dejó al brillante altanero
Sumido en la oscuridad.

—
Dirán que falta de vena
Hago fábulas, lectores:
Pero ésta, aunque nada buena,
La dedico... á los autores
Que brillan con luz ajena.

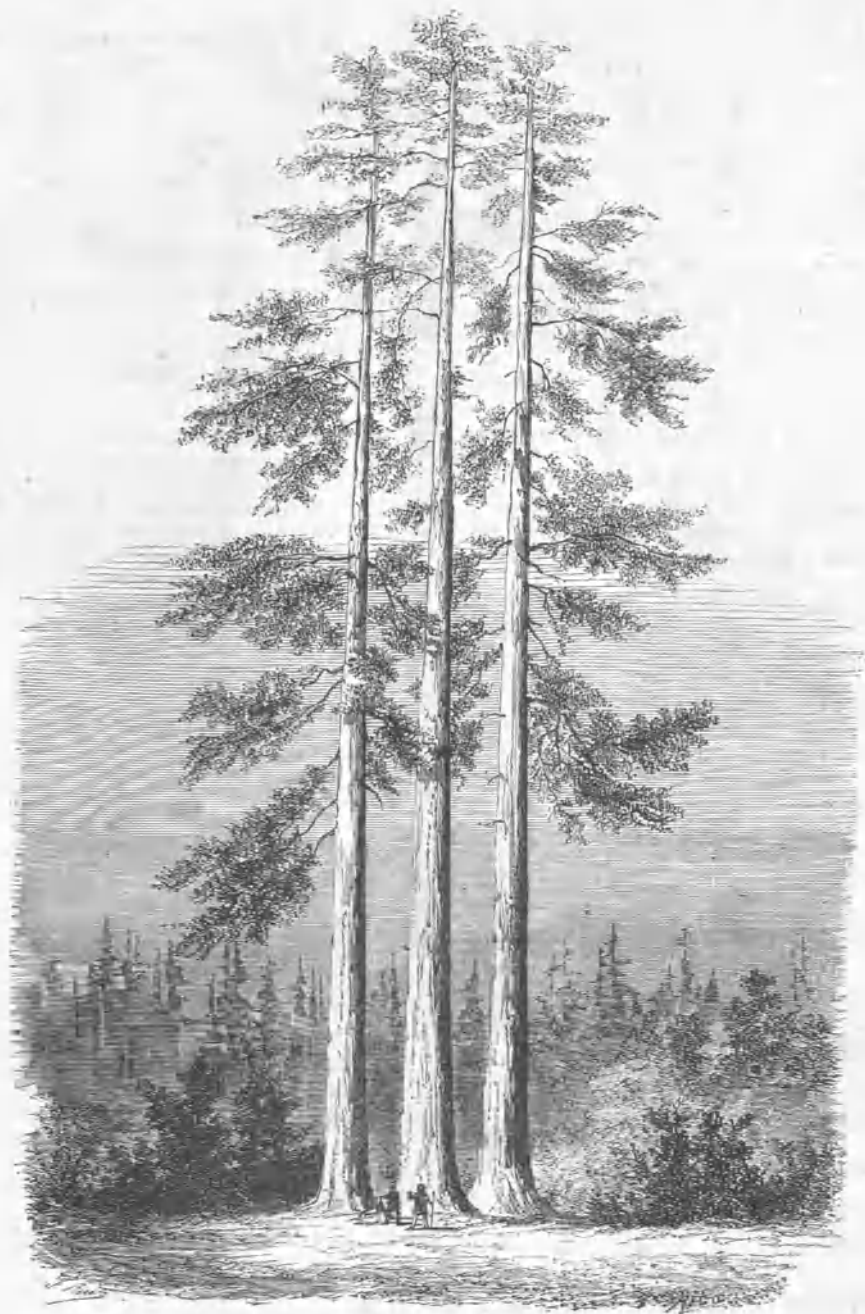
RAMIRO BLANCO.

EPIGRAMA.

Con aceite de bellotas
Lava su levita Pedro,
Y es que como está raida
Trata de sacarla el pelo.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

ÁRBOLES GIGANTES.



GRUPO DE «LAS TRES GRACIAS».

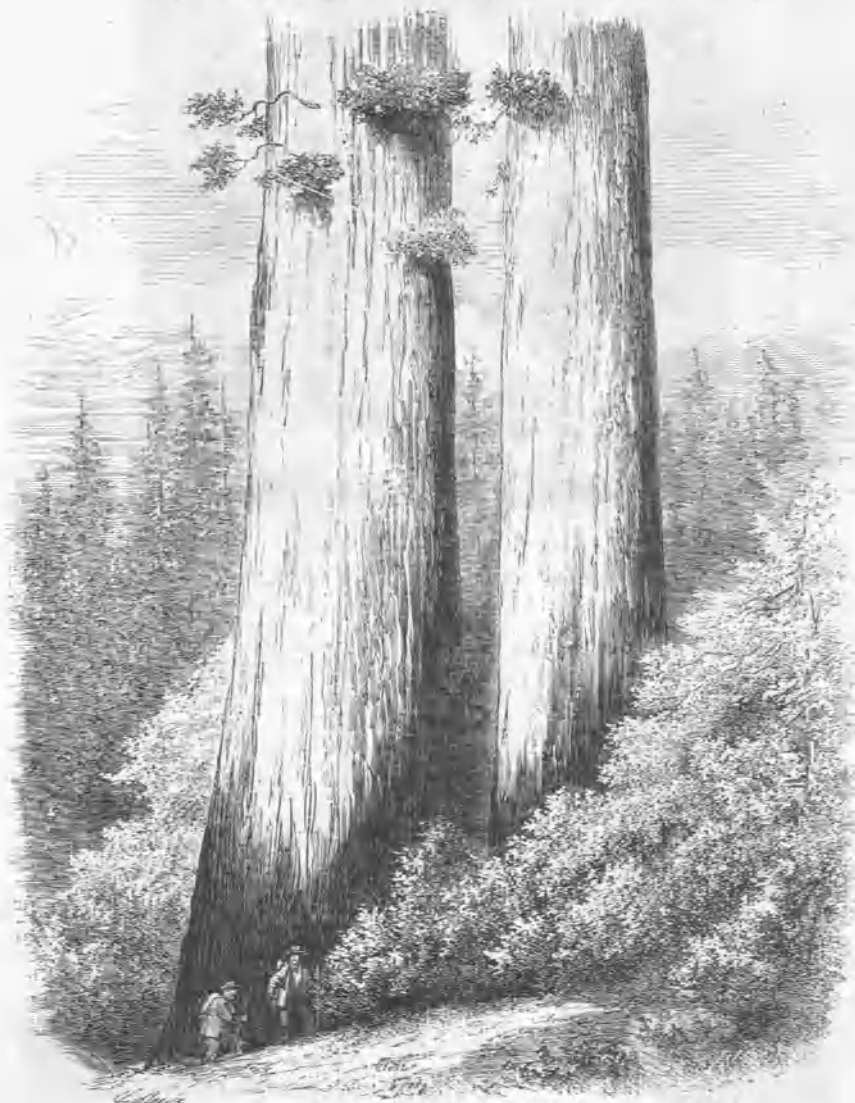
ARBOLES GIGANTES.

Como curiosidad que creemos sea del agrado de nuestros lectores, publicamos en este número la reproducción de dos grupos de oubals gigantes, existentes en la América del Norte.

El grupo de *Las Tres Gracias* mide una altura de 295 piés, y la circunferencia 92 piés.

El grupo de *La Madre y el hijo* mide, la primera 315 de altura, y 302 el segundo; su circunferencia mide 102 piés.

ÁRBOLES GIGANTESCOS.



LA MADRE Y EL HIJO.

EL ANTIGUO PÉNDULO DE LUIS XVI
EN FORMA DE GLOBO.

El péndulo es de mármol blanco, adornado de cobre dorado.

El globo, que parece representar al primer aeróstata de gas hidrógeno, montado por Charles y Robert el 1.º de Diciembre de 1783, está sostenido por dos graciosas columinitas. Las cuerdas que sostienen la barquilla están reemplazadas por filigranas de co-



ANTIGUO PÉNDULO DE LUIS XVI EN FORMA DE GLOBO.

bre dorado. El esquiŕe aéreo presenta dos banderas y un ramo de flores, igualmente de cobre dorado. El mecanismo del reloj está contenido en el hueco de la esfera de mármol.

EL CIEMPIÉS Y EL ESCORPION.

FÁBULA LITERARIA.

Una ardiente discusión
Entablaron cierto día
El ciempiés y el escorpion,
¿Cuál de los dos más valía?...
Esta era la cuestión.

Cansado de discutir

Dijo, para concluir,
El escorpion: — En verdad,
¿Cuándo podrás tú adquirir
Mi grande celebridad?

— No la encuentro apetitosa —
Dijo el otro — cierto es
Que mi nombre no es gran cosa;
Mas desprecia este ciempiés
Tu celebridad odiosa.

Para ser feliz me basta
Mi honrado y oscuro nombre,
Mas reniego de tu casta,
Que huye á tu presencia el hombre
Y cuando puede.... te aplasta.

Furibundo criticon
Que esto leas, no te enfades
Y contesta sin pasion:
¿No hay muchas celebridades
Como la del escorpion?

RAMIRO BLANCO.

SUMARIO.

GRABADOS. — ¡Adios para siempre!, cuadro del Sr. Manzano. — Fiesta de los ciegos en las Provincias Vascoasadas. — Don Luis de Góngora. — Grupo de las tres gracias. — La madre y el hijo. — Antiguo péndulo de Luis XVI. — Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO. — Los Misterios del Bosque Virgen, por Luis Boussonard. — El Bandidero, ó una boda en las Montañas, por Mayne-Reid. — El Sargento Federico, por Erckmann-Chatrian. — La ciencia económica, por Antonio Salazar. — ¡Adios para siempre! — La fiesta de los ciegos. — Carta de Miguel de Cervántes (conclusion). — El sombrero, por Nicasio Guerrero. — Don Luis de Góngora y Argote. — Las cucurris en el África ecuatorial, el elefante. — El brillante y el gusano de Luz, por Ramiro Blanco. — Epigramas, por Rafael Garcia Santisteban. — Árboles gigantes. — El antiguo péndulo de Luis XVI. — El ciempiés y el escorpion, por Ramiro Blanco.

MADRID, 1885. — Est. Tip. « Sucesores de Rivadeneyra ».
IMPRESORES DE LA REAL CASA.